Garazi Albizua
Termita

Galaxia Gutenberg

Garazi Albizua
Termita

Galaxia Gutenberg

© Inge Pertika

Garazi Albizua (1985). Diseñadora gráfica, guionista de cómic y escritora, trabajó también como locutora del programa de literatura *Irakurrieran* (Bizkaia Irratia).

Actualmente compagina la escritura, sobre todo de literatura infantil y juvenil, con su trabajo como técnica de comunicación en la asociación literaria Euskal Idazleen Elkartea. Estos son algunos de sus títulos publicados: *Gaizkileen galtzada*. *Leitzako dorreak*, Pamiela, 2023; *La apuesta de Cloto*, Cósmica, 2022; *Iruleak*, Txalaparta, 2022 y *Lara de Altopico,* Apache libros, 2021. También ha participado en las siguientes obras colectivas: *La polilla errante* (coautora), Serendipia, 2023; *Mil brujas*, Serendipia, 2022 y *La Séptima Musa*, Jotdown, 2019.

Termita es su primera novela dirigida a público adulto.

Termita narra, en primera persona, el día a día de una mujer ya no tan joven que vive con su abuela y que trabaja de teleoperadora. Esta voz narrativa es rebelde y macarra, irónica e impredecible. No cumple ninguna de las expectativas que la sociedad patriarcal impone sobre la mujer: su cuerpo no normativo, su sexualidad voraz, su rechazo al papel de cuidadora y su condición de no-madre la convierten, a ojos de otros, en un ser marginal. Pero la voz narrativa se rebela contra esa marginalidad, no narra desde la condición de víctima, no pretende dar pena ni apelar a la empatía. Se expresa sin ningún tipo de conmiseración en capítulos breves de escritura destilada y rotunda, manejando con gran inteligencia las elipsis y los silencios. Con un aura punk triste que lo impregna todo, reflexiona sin tapujos sobre su relación con la comida, el sexo, la explotación laboral, los afectos; sobre cómo la pobreza y la exclusión social se heredan, cómo las violencias pasadas se reproducen, generación tras generación, en los

cuerpos de las menos privilegiadas. Y también expresa, rompiendo estereotipos y con suma originalidad, el amor entre una nieta y su abuela. *Termita* es toda una impugnación a las convenciones sociales y familiares, a las obligaciones laborales y afectivas del capitalismo. Y también una impugnación a las expectativas y las estructuras de la novela y de la ficción. Edurne Portela

GARAZI ALBIZUA

Termita

Prólogo de

Edurne Portela

Prólogo de Edurne Portela

En la literatura, la abuela suele ser un personaje secundario que se representa normalmente con ternura y nostalgia porque pertenece al territorio supuestamente idílico de la infancia. La relación con la abuela se establece a partir de lazos afectivos poco complicados, incluso, en ocasiones, insustanciales. La abuela que mima, la abuela que enseña lecciones inolvidables, la abuela que prepara los dulces de los que nadie conserva ya la receta, la abuela que ofrece protectora su seno... La abuela de *Termita* es, por el contrario, una abuela-bicho a quien «le cruzan el rostro dos rendijas amarillas que simulan ser ojos humanos», una abuela áspera, una abuela que escapa a las convenciones, como también lo hace su nieta, protagonista y voz narrativa de esta singular novela.

Termita narra, en primera persona, el día a día de una mujer ya no tan joven que vive con su abuela y que trabaja de teleoperadora. Esta voz narrativa es rebelde y macarra, irónica e impredecible. No cumple ninguna de las expectativas que la sociedad patriarcal impone sobre la mujer: su cuerpo no normativo, su sexualidad voraz, su rechazo al papel de cuidadora y su condición de no-madre la convierten, a ojos de otros, en un ser marginal. Pero la voz narrativa se rebela contra esa marginalidad, no narra desde la condición de víctima, no pretende dar pena ni apelar a la empatía. Se expresa sin ningún tipo de conmiseración en capítulos breves de escritura destilada y rotunda, manejando con gran inteligencia las elipsis y los silencios. Con un aura punk triste que lo impregna todo, reflexiona sin tapujos sobre su relación con la comida, el sexo, la explotación laboral, los afectos; sobre cómo la pobreza y la exclusión social se heredan, cómo las violencias pasadas se reproducen, generación tras generación, en los

cuerpos de las menos privilegiadas. Y también expresa, rompiendo estereotipos y con suma originalidad, el amor entre una nieta y su abuela. *Termita* es toda una impugnación a las convenciones sociales y familiares, a las obligaciones laborales y afectivas del capitalismo. Y también una impugnación a las expectativas y las estructuras de la novela y de la ficción.

Garazi Albizua es una escritora fresca y feroz, original y sagaz, que construye en *Termita* un mundo y lenguaje propios a través de los cuales desvela nuestra condición contemporánea.

«Come»

El frío tensa la cocina. El llanto de dos de los críos se ha vuelto un mantra. Un ruido más que, a base de sufrirlo constantemente, se amortigua. Se interioriza para no ser atendido: lloran de hambre.

La madre reúne a los que puede en la cocina: que coman calor. Pensaba que iba a llorar ella también, que iba a sentir un puñetazo en el estómago.

Pero no lo hace y lo tiene todo bien pensado: coge a la cría del pescuezo y la lleva a la esquina de la cocina, la niña se deja mover. La madre saca algo del bolsillo del delantal y lo pone con un movimiento feroz en la mano de la pequeña.

–Come –le dice.

Esperanza abre la mano y ve el trozo de queso. No lo duda. Lo engulle.

I Esperanza

Si salgo nada más escampa, cuando el olor cambia y se vuelve blando, la terraza es un lugar seguro. El espacio de baldosas ocres funciona como un atrapasueños durante unos minutos. Una franja que divide la vida de la casa y la vida de fuera. La humedad se mastica, sabe a ácaros del polvo del hogar y a los microbios contaminados de la ciudad. En esos ochenta y siete segundos de libertad ambarina soy *casi* feliz. Después, vuelve la calma.

Absurda y jodida calma.

Escucho el cuerpo de la Termita. Se ha despertado. Le cruzan el rostro dos rendijas amarillas que simulan ser ojos humanos, pero la gente que se atreve a pasar por aquí cree que pertenecen a un demonio. Les doy la razón.

Es mi abuela.

II La Alameda

En las calles limpias y anchas de La Alameda me evitan si voy sola. En La Alameda me evitan si no estoy con mi madre o si no precisan de algún tipo de ayuda. Cuando buscan algo de mí, me lo cuentan rápido; sin alzar la mirada.

Me inquieta la forma de vestirse de la gente. Utilizan la ropa como si fuese parte de su piel; la nutren, le sacan brillo, la planchan y le echan suavizante. Crean su propia vitrina tras la que mostrarse. Huelen mi ansia y, por eso, se alejan. Nos identificamos con un gesto mudo, entendemos esa verdad rotunda que existe en silencio: ocupamos distintos estantes.

No hay espejos en la casa, la Termita los rompió hace tres semanas, y me da miedo observar mi reflejo en los escaparates. Los rostros de quienes me hablan no me revelan nada; cabizbajos, fijan la mirada en la punta de mis botas o en el dobladillo del pantalón. Rara vez se aventuran más allá de las rodillas.

Yo también me fijo en su calzado. Limpio, nuevo o reluciente. Algún zapato, quizá, manchado de barro. Unos mocasines de charol negro se han detenido delante de mí.

Los cordones están anudados de forma impoluta, la lazada parece imposible. Busco si hay alguna cremallera en el costado interior del zapato. Quizá el lazo venga de serie. No la encuentro. No tienen ni una sola mancha. Me pregunto qué calles han pisado y cuáles han evitado. Cuántos metros han recorrido desde que han salido al asfalto.

Dan dos golpes nerviosos sobre el adoquín.

–¿Qué quieres? –pregunto, desafiante.

Nadie responde. La dueña de los mocasines me desliza con sigilo un papel arrugado para que yo, su Caronte improvisado, se lo pase a mi abuela. Después, da la vuelta. Se aleja.

Siento el eco de sus pisadas como un reclamo de algo que desea engullirme, llevarme consigo a la colmena. A la pertenencia. Es un ruido sombrío, tribal, de tambores primitivos. Un canto dirigido a una lluvia que no llegará, pero que une al enjambre en una danza paranoica.

Recorro con la mirada las piernas torneadas causantes de la percusión, envueltas en una media negra mate, a medio tragar por una falda de tubo y adornadas con una

chaqueta americana que, con cada paso, acaricia parte del culo. Me quedo prendada del ritmo. De su andar. Un escalofrío me despierta. Pienso dónde he visto algo parecido. En una película, en quince. En una fotografía de una revista, de trece. Qué más da. Ese caminar pertenece al brillo cuché, a las páginas de muchas novelas y a cualquier tipo de ficción en la que no puedo entrar.

No quiero. Me lo repito muchas veces, rápido, susurro el mantra que me aleja del zumbido de los mocasines. No. Yo no voy. Yo no quiero. No quiero. No.

La ropa lucha con mi cuerpo. Se dobla donde no debe, se arruga, se mancha y se rasga.

Me chilla, enfadada: se rebela. Me tapa como un regalo envuelto con poco celo, pero yo me defiendo: estiro, cedo, corto, amanso y obligo a las prendas a tocarme. A tocar toda mi celulitis. Mis pecas. Mis lorzas. La sequedad de mis codos. Mis tetas desiguales.

Mis pelos sin depilar. Mi espalda ancha. Algún moretón provocado por un golpe contra los muebles de la casa, contra el asiento del autobús o contra una silla giratoria, anclada al suelo de cualquier bar.

Cruzo la calle mirando los balcones, así me obligo a caminar erguida y doy la sensación de ser una mujer fuerte. A medida que dejo atrás el pavimento de pentágonos rojizos, crezco. Me vuelvo más alta, me suelto el pelo, brilla. Para cuando llego al trabajo, me he convertido en la empleada que desean tener.

III Lo que tienen

Durante las ocho horas y media de jornada laboral me empleo a fondo para mantener el ardid.

Me ayudo de uno de los amuletos que me regaló la Termita cuando aún era una abuela de esas que huelen a Nivea y a caramelos mentolados. Yo tendría nueve o diez años, cuando aún era una de esas nietas que van de visita con vino y queso bajo el brazo a casa de la yaya. Tan sólo una cría más con tierra en las manos y chicle pegado en la comisura de los labios. Entonces, amasábamos rosquillas: ella las golpeaba. Fuerte.

Aferraba la masa con sus garras de cuervo, una por arriba y otra por abajo, y justo cuando iba a estampar el amasijo de harina y agua contra la mesa, retiraba, rauda, la zarpa. Yo deseaba que fallara, que no le diese tiempo, que no pudiese librarse del golpe.

Ella lo sabía y me revolvía el pelo con el rastro pegajoso de la harina, agua, azúcar y serrín del mueble mientras se reía.

Más tarde, crecí y me regaló el macuto.

Nunca me separo de él, aunque no me sirva para guardar las llaves ni la cartera ni las monedas sueltas. La tela descosida se las traga y las escupe cuando menos lo espero: en el vacío entre el coche y el andén, en la puerta del supermercado, o, si está de buenas, en el suelo pringoso de algún bar. Miro el bolso como si formase parte de una trama de una serie televisiva. Alimento a mi Tántalo interior a base de historias de Netflix, de HBO o de Amazon Prime.

Héctor me habla de Tántalo el verano que cumplo los quince. En el pueblo. Una de las veces que damos esquinazo a mi primo Jorge y nos escapamos al cementerio.

–¿Quién te gusta más, Silvia o yo? ¡Y no digas Jorge! –me pregunta Héctor mientras me coge fuerte de las muñecas–. Eres como Tántalo.

Héctor es mayor que yo, lleva gafas y lee libros gordos.

–No sabes ni quién es, ¿verdad?

Niego con la cabeza y me acerco aún más a él.

–Es por tu apetito, tía, asustas. Estás como loca. Te lo comes todo –dice. Me pone un mechón del flequillo tras la oreja. Baja el tono de voz–. Y a todos.

Me besa. Le beso. Me aparta.

–Y eres un puto demonio, ¡joder! ¡Vas a hacer que pierda la cabeza!

¿Te parece bien esto que haces? –pregunta mientras vuelve a acercarme a él para besarme en el cuello.

Mete las manos por dentro de mi camiseta para estrujarme las tetas. Se baja el pantalón y me sube la falda.

–Te gusto, ¿verdad? Más que Silvia, ¿verdad? Dime que te gusta así, así. Dime que sabes que debo hacerlo, que soy tu siervo. Que lo hago por ti. Dime...

Héctor no se calla mientras me penetra.

Tiene tres años más que yo y le encanta que follemos en el cementerio. Es el primer hombre que no se avergüenza de decirme cualquier cosa para que me acueste con él. Yo me hago la sorprendida, la ingenua, la chica de sonrisa dulce y pícara que se jacta de todo. Que lo sabe todo. Y que todo le parece bien.

Igual hasta me lo creo. No sé. Esa tarde busco quién fue Tántalo.

Desde entonces, el monstruo mitológico habita en mí; traga las series con gusto, pero no le sacian por mucho tiempo. Busco en mi entorno inmediato el resto de los componentes que acompañan a las escenas mágicas de la pantalla: el incienso, las velas, los ajos o los sapos. Me concentro en escuchar la melodía, entre tenebrosa y divertida, con la que erigen el escenario en el que romper la monotonía.

Y me la trago; cucharadita a cucharadita doy de comer al demonio, devoro las series como si consultase un catálogo de vidas apetecibles: ahora quiero tener una pareja coreana, ahora me apetece teñirme el pelo de rojo, ahora quiero ser psiquiatra. Es increíble la cantidad de cosas que la tele sabe que quiero.

El macuto, en cambio, me ancla a la terraza, a las mermeladas de pera caseras y caducadas del armario, a las cartas a medio romper de Iberdrola, a los blísteres de pastillas vacíos, pero guardados en su cajita, a ella y sus manos gomosas cosiendo el bolso un día cálido, en la terraza. Sin banda sonora. Rebosante de magia.

Con cada pespunte, la Termita narra parte de una historia triste y universal.

– Esconderse, esconderse, esconderse... Te puedes ocultar de muchas maneras, alguna funciona, siempre que te escondas *sola*. Nunca lleves nada contigo. Si no, la única forma viable de desaparecer es disimular. Eso es. Finge incluso que te escondes.

Cuando se acaba el hilo, busca otro de color parecido, junta las hebras y con dos dedos las mezcla, girando la una junto a la otra.

– Puedes regalar cualquier cosa, claro. Incluso las que nadie entiende, una hija, tal vez.

Después, se muerde el labio inferior y le canta a un ojal.

– Eso es, esconde a la hija, regálasela a la víbora. Disimula.

Me parece escuchar algo más antes de que empiece la tormenta. La Termita se esconde de las nubes negras con el ceño fruncido. Saboreo el eco de sus últimas palabras antes de seguirla dentro. En la cocina, sus huesudos dedos repiquetean contra la mesa como patitas de cucarachas escondiéndose de la escoba. Como los mordiscos amortiguados del bicho en la madera.

Palizas. Humedad. Hambre.

–¿Qué haces ahí parada? Haz algo. Disimula.

Y yo obedezco. Llevo treinta y ocho años cumpliendo a rajatabla la orden de la Termita; por eso finjo: durante ocho horas y media de jornada soy B73, teleoperadora.

Trabajo en ruegos y preguntas. Durante ocho horas y media escucho quejas, insultos, amenazas y alguna proposición poco decente:

Me estás jodiendo la vida.

Eres una puta ladrona.

¿No te da vergüenza trabajar ahí?

Zorra.

Te voy a matar, te voy a dar una paliza y te voy a violar, no importa el orden.

Me invento un nombre y un lugar: soy Isolda, le atiendo desde Málaga. Y durante esas ocho horas y media de mi tiempo contesto quejas, insultos y amenazas.

En ocasiones, hago proposiciones poco fiables:

Exacto. La nueva oferta resolvería su problema actual y le daría mejor servicio; si le parece, le paso con mi compañera de contratación.

Entre medias, como: abro un paquete de Donuts, lo mojo en el café y desvío la llamada. Trago patatas Ruffles al jamón. Me despego con la lengua gominolas de meones y Jumpers de entre las muelas. Mis manos brillan, llenas de grasa; las teclas del ordenador apenas son visibles de lo sucias que están. La diadema que llevo encajada en la cabeza se agarra al cuero cabelludo enredándose con las canas. La siento como una de las serpientes de Medusa, siseándome todo lo que he de oír durante la jornada. Mi lugar de trabajo se pega a mí.

Quien crea que, simplemente, puedo dejar de engullir, limpiarme más a menudo las manos y desencajar mi huella enquistada en la silla, se equivoca. Del macuto asoman regalices rojos, relucientes. Me reclaman, me los zampo.

Entre todos los tonos de llamada constantes, Isolda es amable, tiene una voz afectuosa y transmite confianza. Durante ocho horas y media, a cambio de 960 euros al mes, nos tienen. A Isolda. Y a mi mugre.

IV Lo que tengo

Siempre tengo hambre y tinta en los dedos.

Escribo en un papel que más tarde doblaré en tres partes. Me lo acercaré a la frente, cerraré los ojos, respiraré tranquila y, después, lo dejaré junto a los otros; en un montón sobre la cómoda. Tras años de paciente apilamiento he creado mi propia montaña de anhelos. Montaña que, en ocasiones, sirve también de intercomunicador, se convierte en un sitio en el que mi abuela y yo cambiamos mensajes como si fuesen secretos.

La Termita abre la ventana y la puerta para crear corriente y poder ventilar. Mis deseos se golpean contra las paredes de la habitación. Se solapan los unos con los otros, se pierden por el rodapié o caen por la ventana. Me apresuro a recoger a los supervivientes y los pego con cola blanca para crear un cuerpo más sólido: mezclo, corto, tapo y olvido. Me concentro en la tarea, no giro la cabeza hacia ella, aunque noto su escrutinio desde la puerta.

En silencio, cojo piedras y piso los papeles. Al final, levanto la vista y desafío al bicho. La Termita sacude la cabeza, me observa con esa mirada oxidada que el tiempo ha llenado de roña. Suspira antes de volver a la cocina.

Escribir lo que deseo que suceda es una manía que tengo desde antes

incluso de saber escribir. Por eso, de pequeña, necesitaba a mi madre.

–Mamá, escribe: «Que el sábado quede helado de yogur y cositas para echar».

Siempre llevaba encima papel y boli, se los pasaba muy seria, atenta a sus movimientos, y ella se reía mientras escribía. Yo no apartaba la mirada de su mano, me fascinaba su movimiento rápido. No sabía leer y aún me sentía querida, así que me obligaba a confiar en su escritura. Sólo respiraba aliviada cuando por fin ella terminaba de anotar todas mis palabras, *mis deseos*. Después, recuperaba el papel y lo guardaba en el cajón de las mudas.

De todo esto no me acuerdo. La Termita me lo cuenta mientras desgrana alubias.

Habla de esa manera tan suya, entonando las palabras a destiempo, gritando algunas, callando otras.

Junto a Tántalo habitan más seres dentro de mí; en el cerebro tengo incrustado el ojo de un cíclope. Es un ser enorme con mala leche. Le gusta lanzar piedras y hundir barcos.

Le encanta la carne y echar siestas largas. Además, es un gran artesano.

Tengo siete años cuando mi tía me lee un cuento sobre él. Pienso que quiero convertirme en un gigante. Quiero aprender a trabajar la roca.

Se lo digo:

–De mayor seré un cíclope, pero con dos ojos. Viviré en un bosque y tallaré las rocas.

–Tú no puedes hacer eso, ja, ja, ja.

–Entonces tallaré madera, es más fácil.

Mi tía me enreda el pelo mientras sigue riéndose:

–Ay, no debería de haberte traído ese cuento. ¡Vaya imaginación gastas, chiquilla!

Mejor te centras en los estudios –Mira por la ventana mientras sacude la cabeza–. ¿Un gigante? ¡Pero si eres una niña!

Esa tarde rompo el camión de bomberos que le han regalado a mi

primo. He saltado encima. Tres veces, cuatro, nueve veces. Hasta que se ha hecho añicos.

He robado algo de carne con tomate de la cazuela con las sobras de la comida.

He subido a la habitación y cerrado la puerta con pestillo. Jorge da patadas al otro lado. Chilla. Llora. Dejo de escuchar sus amenazas, me he quedado dormida. Supongo que ese es el momento en el que el cíclope me mira por primera vez.

Desde entonces, el muy cabrón revisa todo lo que escribo, me cuestiona. ¿Cuánto de lo que pongo es real? ¿Cuánto manipulado? ¿Cuánto ajeno?

Mi lengua se multiplica o se rasga en cuatro más: en la de mi abuela, en la de mi madre, en la de la artista de moda, en la de cualquier persona que no soy yo. Invaden la cavidad de mi garganta y yo boqueo para no asfixiarme.

Cuando escribo, abro la boca para hacerles hueco:

A la de mi abuela: *Disimula*.

A la de mi madre: *Fraude*.

A la de la artista de moda: *36.785* likes.

A la de otra persona cualquiera que no soy yo: *Gimnasio*, *grupo*, *autoestima*, *terapia*.

La Termita tose de manera atropellada, parece que le falta el aire. Consulto la hora. Me acerco al lavabo y le paso un vaso de agua con la pastilla que le toca: toma, rauda, la píldora de la palma de mi mano sin tocarme. Bebe rápido, sin mojarse los labios. Es como si la Termita no tuviese consistencia.

–Queda con la Jose, ha llamado –dice y carraspea.

–¿Para qué? –no sé a qué viene, de repente, una orden directa.

–Quiere verte.

–No entiendo por qué –le respondo, enfadada.

Ella se encoge de hombros y continúa con las alubias.

La Jose es su hija. Para quedar con ella hay que salir del barrio. Dudo si ponerme una faja. Armarme contra mi madre y su desprecio por mi cuerpo.

Salgo de las inmediaciones de la Termita y entro de lleno en el terreno de la Jose.

Busco una pastelería. Me pido un *frappé* helado con nata, un zumo de naranja, un sándwich mixto y un cruasán relleno de Nutella. Hoy combato.

Me pongo a escribir. Al cabo de un rato entra mi madre, mira la hoja y tuerce el gesto.

–Hija, tú siempre tan creativa, tan en tu mundo, tan volátil –coge la mitad que queda del cruasán y se pone a comer–. No me mires así, no te conviene.

Ella sí que me mira así, de una forma muy ensayada, entre la sorpresa y el tedio.

Como hija, he salido una copia algo movida, una frase incompleta con un final abierto.

–Toma –me dice mientras saca un papel amarillento y arrugado, doblado en tres partes. Lo despliego con cuidado y veo que se trata de uno de los deseos infantiles que ella me escribía.

–¿Fontanero? –no comprendo por qué le pedí que apuntara eso.

–A veces aprovechaba para escribir la lista de la compra o tomar alguna nota rápida.

Me mira con dulzura.

Noto mucho calor dentro de mí. Sudo. Los músculos se me contraen y estiran, es un movimiento extraño, desarrollado a través de años de lucha invisible.

Mete la mano en uno de esos bolsos enanos en los que apenas entra su barra de labios, pero en los que se las apaña para guardar también sus tesoros. La Termita se lo ha debido de remendar.

Retira de la mesa los platos de la comida, pasa una toallita húmeda, vete a saber de dónde la ha sacado, y posa con suavidad una fotografía.

–¡Fíjate lo que he encontrado! ¡Parecéis estrellas de cine!

Y señala la imagen sin tocarla: en ella aparecemos mi primo Jorge y yo. Llevamos gafas de sol y un libro bajo el brazo, vestimos ropas de verano blancas, pantalones cortos; quizá estemos en Paros, aunque seguramente el asfalto terroso pertenezca a una calle de Almería.

No recuerdo el momento, aunque noto la tirantez que adornaba los acontecimientos familiares.

–Estabas estupenda, guapísima ¡Mira qué delgada!

Observo el pantalón, será una 36, me queda holgado.

–¿Por qué querías verme? –le pregunto y pongo el *frappé* encima de la foto. Identifico las fases de terror por las que pasa el rostro de mi madre antes de quitar el batido y salvar la imagen.

Su recuerdo y su pasado, cada día más y más borroso en el papel mate.

–Jorge viene de visita. Comeremos el próximo sábado en la casa de la playa.

Algo que evito nombrar me arrastra a esa mancha en el tiempo. A su huracán de olores caseros. A la humedad del verano. A los manteles de cuadros. A las uñas perfectamente pintadas de granate oscuro. Al olor a laca en el pelo. A los pantalones de

chándal. Al resto de moras en las manos. A una lengua chupando los dedos. A unos lametones. Paro. No sé si ella es capaz de captar algo. Me mira sin inmutarse desde su lado del *ring*; se cerciora de que he entendido el mandato.

V Los fines de semana

Me gusta follar. A veces, me apetece más que comer, aunque no siempre me sienta bien.

Tampoco la comida.

Cuando, después de un polvo, siento ese momento de vaciado, pienso que voy a caerme por la vagina: el útero, los intestinos, los riñones, el hígado. Todo se escapa, se desparrama por las sábanas.

La imagen pertenece a una pesadilla que tuvo una amiga. Me dijo que al final, justo antes de despertarse, se cosió el coño.

Pienso si he de taparme la boca. Atarme las manos. Sacarme los ojos. Cerrar el culo.

La angustia comienza con el tapón en la garganta, una bola de pelo que puede resultar útil para guardarte dentro si no fuera porque deja fuera el oxígeno. Mientras miro un escaparate de ropa bonita en una tienda en la que, seguro, no tendrán mi talla, estoy a punto de quedarme sin aire. Meto la mano en el macuto buscando la pastilla; en cambio, me topo con un papel, una bola arrugada que capta por completo mi atención y me saca del agobio: «Trae tres plásticos de Ikea». La Termita me rescata del ataque de ansiedad mandándome al centro comercial, a comprarle bolsas para comprimir la ropa, y yo obedezco.

El plástico tiene un orificio por el que meter el tubo de la aspiradora y así quitar todo el aire. Dentro, las prendas que ha dispuesto previamente la Termita, perfectamente plegadas y lavadas, se aprisionan. Las camisas se pisan, las faldas desaparecen, las bolas hechas con cada par de calcetines se marcan como proyectiles capaces de agujerearlo todo. Pero la bolsa resiste.

Más tarde, el bicho se sube a una escalera de madera poco estable y, en equilibrio precario, acumula un bulto tras otro en la parte de arriba de los armarios. Aprovecha y tapa con ellos las manchas de humedad, las paredes rotas, las telarañas, el hambre, la pobreza. Los despojos del paso del tiempo.

Cuando me acuesto con alguien por rutina, cada poro de mi piel me avisa del peligro de caerme. Recojo la ropa del suelo y me la ciño a la carne; busco, desesperadamente, la sujeción de la tela.

Nunca permanezco desnuda más de lo necesario.

VI

B32

Me resulta bastante sencillo trabar amistad fuera del barrio. Isolda funciona como un mástil atrevido en pos del canto de sirenas. Escuchar las melodías venenosas tiene su punto de goce, por eso quedo con B32 cada miércoles. Cenamos en un kebab moderno: dispone de un pasillo ancho con mesas y tres ventanales grandes. La comida es la misma que en cualquier otro.

Nos llamamos por el número asignado en la empresa. Empezó siendo una broma, pero con el tiempo se ha tornado en algo muy serio. Las siglas y el número nos despegan del rol tomado en nuestro entorno.

Hablamos de teorías *conspiranoicas*.

–Quedé con Pelirroja69 –dice B32 mientras mastica. Se le cae salsa de yogur, se la limpia, bebe cerveza–. Era sólo lo que prometía. No quiso saber nada de las ballenas ni del petróleo, ni sabía qué era el kilómetro cero, ni siquiera el peligro vegano. Idiota.

Exageramos nuestras creencias para escucharnos como si fuésemos negacionistas.

Para llevar el discurso al límite de lo irrisorio y así arrancarle la amenaza.

–Follamos –dice mientras se limpia el morro–. ¿Te vas a terminar las patatas fritas? –

Se las paso.– El caso es que me sentí mal –continúa–. Pero luego, superbién. Como si me hubiese quitado una carga. No sé. Era como estar en paz. ¿Tú qué tal?

Me encojo de hombros. Me gusta escuchar a B32, lo prefiero a hablar. Pero hablo.

–Vi una serie espectacular. Hay una escena que... ¡Es una puta maravilla! Y necesito comentarla –le explico.

–¿Qué serie?

– *Nuevo sabor a cereza*. ¡Le da una vuelta a la religión que lo flipas!

Seguimos comiendo. Bebiendo. B32 no para de hablar y se lo agradezco mucho. Me encanta cómo mueve las manos para dar énfasis a cada cosa que cuenta, su lenguaje corporal es extraordinario. Es, sin duda, lo que más me atrae de ella.

–Oye, ¿qué te ronda por esa cabeza? –me increpa.

Se le ha quedado un poco de salsa en la barbilla; se la limpia con el dedo gordo y se lo chupa. Me sonríe, como disculpándose. No sé qué hemos hecho con las servilletas.

Abro la boca para responder, pero la cierro. Es todo teatro. Me hago de rogar. B32 es una de las personas que mejor escucha, podría contarle cualquier cosa. Cualquier tipo de locura: Me habita un cíclope. Cualquier tipo de ruido: Cuchichea junto a Tántalo.

Cualquier tipo de angustia: Me cuestionan. Y, sobre todo, puedo confesarle mi terror: algún día puede que ganen terreno.

Lo bueno es que, junto a ella, puedo pensar.

–Sufrimos la dictadura del ocio –digo.

Por su sonrisa bobalicona sé que el tema promete. Que le apetece. No soy original.

No lo necesito.

–O sea, hace un montón de años –prosigo; bebo cerveza: otra pausa dramática–, la gente miraba las estrellas, ¿no? Se preguntaba: ¿De dónde venimos? Ahora puede que lo haga el protagonista de alguna serie, igual alguien en un libro, pero…

–Ya no nos lo preguntamos –termina por mí; sonríe–, a no ser que vayas fumada –

apunta.

–Exacto. Hemos relegado las discusiones de grandes temas a ¿la fiesta?, ¿las drogas?,

¿el ocio?

B32 pide otra cerveza. Podemos seguir así toda la noche. Nadie nos presta atención y no necesitamos la atención de nadie. Nos tenemos la una a la otra. Pero mañana madrugamos. Y a las dos nos gusta dormir. Siempre me despido dándole un apretón en el hombro y ella,

acariciándome con suavidad la mano.

Si mi vida perteneciese a una trama de ciencia ficción, vistiera traje negro o hablase con mascotas interplanetarias, justo antes de girar en la esquina para ir a casa habría visto un brillo verde informático en los ojos de B32, un pestañeo ligeramente desacompasado o una arruga fosforita en la comisura de sus labios. Tiraría de ese hilo, entraría en el laberinto y llegaría ante la bestia, que podría ser el mismo Neo. O Platón o un minotauro, y muchas sombras, pero, sobre todo, un gran núcleo informático: el simulador del programa en el que estamos implementadas. Sin embargo, no aparece ningún rastro.

Cuando llego junto al bicho, me descalzo, cuelgo el bolso, voy al baño a mear, doblo el pantalón, y echo a lavar el sujetador. Estar en bragas y camiseta funciona como un bálsamo reconstituyente. Tranquila, descansada, cobijada en el hogar, pongo unas palomitas en el microondas y voy a la salita.

Al rato llega la Termita, arrastra las zapatillas de casa, suena como una cucaracha acostumbrada a recorrer, impune, las baldosas sucias. Toma asiento. Puedo captar cada fase de dolor que cruza su exoesqueleto para poder sentarse. Incluso puedo escuchar el comienzo de una flema que se queda en el bronquio. Espero, atenta, sus palabras.

–¿Qué vemos hoy? –pregunta, justo antes de cerrar los ojos y dormirse a mi lado.

Noto cómo se pliegan los párpados, lánguidos, demasiado humedecidos por las legañas acuosas como para que sea un cierre limpio. Ronca.

VII

Una víbora

–Ten cuidado. Le he roto el espinazo, pero aún te puede morder –escucho decir a la Termita cuando salgo de mi habitación.

La luz alumbra la estancia de la casa. Si bien es una construcción fea, algo aislada del resto de viviendas que coronan el barrio, hecha con retazos de distintas reformas, tiene un terreno pequeño y la cocina consigue alimentar el tipo de aura que debería albergar cualquier hogar. Mi abuela está sentada a la mesa; enfrente de ella, Vicenta se aparta, se aleja arrastrando la silla de madera. Escucho el ras que hace en el suelo. Veo la marca que deja. Es una señora aguada. Como hecha al baño maría. Sin demasiado color ni consistencia, tiene la capacidad exacta para moverse sin que se le caigan los brazos largos, las piernas como espaguetis flácidos y los pliegues de la papada, arrugados.

Toda ella desprende esa laxitud con la que nace la gente del límite de La Alameda.

Patinan por los espacios para moverse de un lugar a otro.

La víbora se retuerce en la mesa de madera de la cocina.

–¿Te hemos despertado? –me pregunta, en un tono apenas audible, la señora a medio hervir.

Son las nueve de la mañana de un domingo. No contesto. Me acerco a la mesa y cojo con cuidado la serpiente. Pregunto sin hablar a la Termita.

–Si quieres, mátala; si no, échala por ahí.

Salgo a la huerta, cojo la azada y la parto por la mitad. No me gusta. Entro en la casa, malhumorada. Y me pongo a hacer café.

No soporto las manos lechosas de Vicenta, sus manos resbaladizas y su reguero de veneno. Sus manos, que toman decisiones en segundos, sin dudar: tú, libras; tú, pereces.

Las manos blandas, de manicura perfecta, de aquellas personas pertenecientes a las calles anchas y a sus zonas llenas de farolas. Enfrente de esas uñas lilas, los dedos de mi abuela tamborilean en la

mesa, repletos de durezas.

–Vicenta dice que en la compañía de su sobrina necesitan a gente –sigue la Termita.

–Sí, sí, estaba por el barrio, me he acordado y he pasado por aquí a ver qué tal estáis

–corrobora la otra.

Lo suelta sin sonreír, sin un ápice de amabilidad. No hay calor en sus palabras. No se empeña en hacer creíble la mentira. Para qué. De sobra conocemos sus frases llenas de trampas.

Contemplo mi propia mano, carnosa, rosada. Ingenua. Tengo una ampolla pequeña en la base del dedo anular derecho. La toco y me sorprende lo dura que está. Saco la achicoria para echar en el café.

De pequeña tenía las manos llenas de ampollas. Ayudaba en la huerta. Solía haber bastantes más víboras. Eran peligrosas si mordían a algún perro pequeño. Hacía calor y yo estaba de rodillas sobre la tierra. Me saltó una serpiente a la cara, levanté la mano izquierda en un acto reflejo y me mordió en la palma. Después, uno de los perros de la abuela se echó encima de la víbora y se la comió.

La Termita, que estaba unos metros más adelante, agachada, haciendo surcos perfectos en la tierra abonada, se giró y suspiró. Aburrida o, simplemente, molesta por sacarla de la tarea, me llevó dentro de la casa con la intención de abrirme el mordisco y limpiarlo. Pero no llegó a hacerlo; mi madre, muy enfadada, me cogió del brazo y entre alaridos me sacó de ahí. A que me curasen de verdad en un sitio sano y limpio.

El perro enfermó al poco pero no murió y ese es uno de los recuerdos más cálidos que conservo de la casa de mi abuela. La no muerte del chucho. La no consecuencia fatal por haberme defendido me reconforta.

–¿Qué buscan en esa empresa? –pregunto mientras tomo asiento junto a ellas.

Vicenta se revuelve, incómoda. No me quiere ahí al lado.

–Creo que algo de informática, de programación –responde, mirándose las uñas.

La Termita tose y termina con la función: yo no he estudiado informática.

–¿Y qué más querías? –pregunta, solícita, el bicho.

Vicenta, ahora sí, sonríe de verdad. El carmín rojo se le ha filtrado por las arrugas superiores del labio. Parece que haya bebido sangre. Parece hacerlo siempre. Así debió de presentarse hace años ante el bicho: una vampira sedienta, ávida de descendencia.

Es una de las pocas personas que se aventura a entrar en la casa. Se conocen desde que eran niñas. Tal vez piense que le hace un favor a mi abuela, que la trata con deferencia, que está por encima de los límites urbanísticos. Que le debe algo. Y es verdad. Le debe mucho. Y jamás podrá devolverlo. Sin embargo, cuando abre la boca y empieza a exigir qué es lo que debe hacer la Termita, cómo y para cuándo, borra cualquier sensación creíble de cercanía. O de culpa.

No oigo si la Termita suspira, aburrida, implacable o molesta porque la han sacado de la rutina del domingo. Salgo a la terraza y evito ver, quizá, un destello de orgullo en los ojos pequeños de mi abuela. Tal vez, un gesto de asco. O, un escalofrío me paraliza en el acto, un gesto de agradecimiento insano. Procuro encontrar y tapiar cada resquicio por el que se nos cuelan las víboras.

VIII La otra hija

Mi tía ha visitado a la Termita. Noto el reguero de culpa desperdigado por las baldosas de la cocina. En los azulejos detrás de la campana. Aceite y óxido.

Siempre que viene, mi abuela le cocina unos buñuelos, como cuando la otra hija era pequeña, más pequeña, tan pequeña que lo poco que recuerda es el sabor de la fritura.

Antes de que la Termita la regalase a una familia rica del otro lado del barrio.

Para que no se la quitaran.

Para que el padrastro no le pegase. Ni la forzase.

Para salvarla de los soldados que huyen y de los que arrasan.

Para que una familia poderosa la recogiera, la coleccionara. Saciara su curiosidad por ser madre, por ser padre. Pero, sobre todo, para no tener que cuidarla.

Araño un resto de buñuelo de un plato hondo de escayola, descascarillado allí donde lo ha rozado alguna vez un cuchillo. El resto, frío, se desmenuza en mi boca.

Cojo los cacharros y me pongo a fregar. Ella me observa, muda; sentada en la silla pequeña de la cocina. Se levanta, se acerca a mí y enciende la radio. Después, vuelve a su lugar junto a la ventana. Su respiración desacompasada deja un rastro de vaho en el cristal. Más tarde, cuando el bicho duerma, lo aprovecharé para limpiar.

IX

Caronte, el bar

La dueña se mezcla con las canciones de *rock* de los ochenta. El pelo blanco y rizado le recorre la cabeza como un estropajo de nana enganchado en el desagüe del fregadero.

Los ojos quedan atrapados bajo los pliegues de los párpados. Apenas tiene labios, aunque se los pinta de morado oscuro; viste de negro y habla por un agujero en la garganta.

Me gusta que este sea el tugurio en el que la Termita mueve sus encargos, pero odio que siga dedicándose a ello. Tomo asiento en la barra, Cárol se acerca y me sirve un botellín de Mahou a la vez que me desliza un puñado de papelitos.

–Tu abuela no para, ¿eh? ¿Qué tal anda la vieja?

Las preguntas llegan sin entonación, yo me encargo de construir una frase con el ruido gris que se escapa de su laringe.

–No anda mucho, la verdad.

Respondo por inercia y recojo, uno a uno, los papeles doblados. En cuatro partes, la mayoría. Nunca los abro. En cambio, sostengo el peso en la palma de la mano. Me sorprende que pueda hacerlo sin que la carga me agujeree la piel, traspase los tendones, desmenuce los huesos, funda el suelo de baldosas verdes sucias y llegue hasta la razón de todo.

La Termita despliega los papelitos, encogida para protegerse del reproche o de un golpe en la nuca o de la saliva que se le escapa a quien manda: haz esto. Después, los atraviesa con un alfiler y los fija en un cojín que le funciona de agenda. Todo eso lo hará cuando se los entregue, acomodada en su despacho. Porque la Termita tiene uno: un lugar limpio, con luz natural, corcho en el suelo y la radio encendida. El esfuerzo, la tenacidad y el tiempo se la han regalado: su jaula bien ventilada.

Cuando Cárol me pone la mano en el hombro, imagino el roce. Apenas le queda carne de la que ser dueña. Consumida por los años de trabajo, continúa en el bar, al igual que mi abuela en su cuarto.

A ojos de la sociedad, son mujeres inagotables; a los míos, meras viejas cansadas.

–A ella le gusta, lo sabes, ¿no?

No. Y la Termita tampoco. Y tú, Cárol, tampoco lo sabes. Porque no sabéis nada más allá del sudor. De la servidumbre. De ser *útiles*.

Y me dais asco y os compadezco y no os voy a entender, nunca. *Nunca*. Aunque os quiera mucho.

Guardo los papeles con cuidado. Apuro el botellín. Dejo un euro en la barra. Me marcho.

En la calle, giro la cabeza para contemplar de nuevo el antro, me fijo en todos los detalles nuevos y en los que permanecen. El bar de Cárol tiene la misma humedad que un recuerdo engañoso, despide un aroma a rocío que duele cuando entra en la nariz. Es un olor que te obliga a saborear esa existencia fuera del romanticismo y la amabilidad de la literatura; lleno de callos, feo y molesto. Es lo que hay: un antro de barrio y una casa llena de telarañas.

Yo lo huelo porque vivo aquí. Entre toda la luz incómoda y las texturas obsoletas; lo aspiro a diario para después darle forma. He dibujado muchísimas veces la imagen de Cárol y de su bar. He creado una colección de postales para guarecer la ciudad y a sus errantes. Mis imágenes serán el billete que tenderán al barquero: noticias frescas de este lado de la orilla para aplacar la curiosidad de la muerte. Y lo hago obligada por otro de los entes que me habita: Pandora y su sed de coleccionista.

Pandora fue la primera mujer, no Eva. Fue un mandato de Zeus que Hefesto hubo de cumplir: la modeló con sus manos, no nació de ninguna costilla. Y cada dios le dio un obsequio. No es exactamente que viviera en un paraíso. Pero su curiosidad liberó todos los males del mundo. No hubo una manzana. Ni tampoco hubo expulsión.

Conozco a Pandora en mi primera relación estable. Me gusta cómo me siento.

Preparo la comida con cariño. Apunto eventos importantes en el calendario. Planeo las vacaciones. Compro lencería. Un vino bueno. Un día estoy en una fiesta. Se me acerca alguien. Tiene algo. Algo que le he otorgado yo: lo prohibido. Lo deseable. Me pregunto si puedo ser infiel. ¿Qué pasará si le beso? ¿Si me drogo con él en el baño? ¿Si me dejo llevar? ¿Si follamos?

Al día siguiente vomito, me encuentro mal. La culpa me corroe. Quiero explicarle a mi pareja estable qué he hecho. Ganarme su perdón. Cerrar la caja, romper la vasija, cruzar la muralla de vuelta al paraíso. Sé que he hecho mal. Que no debía.

Noto la caricia de una mano suave detrás de mis ojos, veo una sonrisa preciosa.

«Tranquila, no estás sola, me llamo Pandora». Su voz me abraza, acurruco la nariz en su cuello.

X En el trabajo

Comparto con el bicho su odio por cuidar. Debe de ser algo de familia. El caso es que la tripa me molesta porque me pertenece, y la tengo que atender. Pide atención, me reclama, me necesita. Y yo deseo como loca despegar esa sensación de mí, esa perla hirviente del estómago. La repulsa: no quiero tener que cargar con el cuidado de nadie.

Ni de una planta, ni de una mascota, ni de mi madre, ni de mi abuela.

No nos gusta cuidar.

Miro la fotografía en la que aparezco con mi primo y observo el gesto con el que poso.

Me acerco el papel a la cara, queriendo recordar. ¿Qué se supone que sé? ¿Qué pretendo? ¿Qué quería hacer? ¿Qué había hecho? Tiendo a enredarme con las mentiras de las fotos. Me enmaraño en la idea engañosa de que algo está a punto de suceder.

Huelo El Comienzo. Después envejezco, cambio de ropa, de peinado de talla de pantalón, y el olor se vuelve más agrio, pero igual de escurridizo.

En esa foto soy flaca. Válida. Me echo hacia atrás con la silla para alejarme de la media sonrisa, del peinado a lo Cleopatra y del libro.

El ombligo roza contra el escritorio. Me acomodo.

Siete veces al día tomo la decisión de comer mejor, de hacer deporte. A veces, incluso establezco un calendario.

Apunto: El 27 de mayo, menos tres kilos.

Anoto: El 30 de junio, menos ocho kilos.

Hago cuentas, repaso las fiestas y eventos más importantes del verano. Guardo el lápiz y, a lo loco, cojo el bolígrafo rojo. Paso las hojas del calendario con fuerza, llego a la fecha estrella y marco el 17 de septiembre: fin de semana con las amigas. Menos catorce kilos.

No lo cumplo.

Pero pienso en hacerlo y pienso, además, en varios niveles.

La voz a ras de mi conciencia utiliza un lenguaje reconocible, entona bien cada letra, formula con nitidez las palabras: «Adelgaza poco a poco, no te pongas un número, el cuerpo te dirá cómo y cuándo se siente bien, escúchalo. No le debes nada a nadie. Hazlo para ti».

Por debajo, acomodada en la nuca, asoma una voz más ronca. Habla rápido, se come algún sonido, como si tuviese miedo a que la pillaran contando un secreto: «Menos quince kilos no; mejor menos dieciocho». Y desde algún lugar cercano al hígado asciende un murmullo carnoso, más allá del lenguaje, una sensación profunda y cavernosa que me tienta con abrazarla. Unirme. Dejarme llevar y desaparecer: no comer.

La luz naranja del teléfono me devuelve a la jornada: el jefe quiere verme. Arranco la diadema de mi cabeza, desencajo la tripa de su sitio y voy a su cuchitril con aire acondicionado y olor a pachuli. Con un gesto de su mano pequeña y rosada me indica que tome asiento frente a su mesa. Él se sienta en una silla de oficina de cuero blanco, amplia, cómoda. La silla que ha dispuesto para mí es de madera, pequeña, de respaldo redondeado y abierto; cuando me siento, parte de mi culo sale hacia atrás y las nalgas se desbordan por los lados.

La oficina consta de una librería con vidriera en la que me reflejo. Él siempre busca mi imagen en el cristal y sonríe. Le tiembla el labio superior, brillante por el sudor acumulado bajo la nariz atezada.

–¿Quieres un café? –me pregunta a la vez que se levanta para servirme uno–. Con leche y azúcar, ¿verdad?

No contesto.

–He comprado unos Donuts de esos que vienen en paquetes individuales, ¿sabes?

Para mantener bien todo el sabor.

Me acerca la taza humeante y dos Donuts envasados.

Yo como, él me mira. Me mira de frente y a través del cristal. Escucho un ruido, puede ser un jadeo, quizá un gemido. Se aclara la garganta.

–Te he hecho llamar porque hemos pensado preparar un fin de semana con actividades para estrechar lazos entre los compañeros.

Parto el segundo Donuts por la mitad, lo mojo en el café, le doy un mordisco. Noto que el café me cae por la barbilla y me la limpio con la mano izquierda. Él también debería, se le cae la baba.

–Y, bueno, quería proponerte que te encargases tú de informar al resto y animarlos a que participen. Es optativo, claro. Pero es de vital importancia que nos animemos todos.

Animemos, en plural. Como si él perteneciese al resto. A las iniciales. A los números.

Escribir la lista de los compañeros, para anotar quién va y quién no, va a ser como jugar al Hundir la flota:

A37: sí.

A48: no.

–Te lo comento a ti porque eres de confianza –y apoya su mano pueril en mi hombro–. Sigue así.

Soy incapaz de saborear el azúcar glas del Donuts; ni recién salido del plástico ni mojándolo en el café se vuelve esponjoso.

«Disimula»

Al cabo de dos horas, la madre vuelve a concentrarse para ver si nota el dichoso gusano del miedo, o de la culpa, o de la angustia. O de la inmensa tristeza que ha de llegar.

No lo nota.

Coge a Esperanza del hombro, le da la azada y le indica el campo.

Por ahí lo verá aparecer. Los hombres no han de adivinar su propósito.

Le mete algo en el bolsillo. Algo con lo que labrarse un futuro. Le señala el grupo de labradores y un lugar un poco más alejado.

–Disimula –le susurra.

La niña se acerca a los trabajadores e introduce con ansia la azada en el surco de la tierra.

XI Mi madre

La Jose me tuvo a los veintidós años. Mi abuela la tuvo a ella a los diecinueve. Yo tengo cuarenta y siete. De manera que mi madre lleva cuarenta y siete años haciendo dieta.

Va y vuelve a los regímenes según el efecto yoyó. Le da miedo la grasa porque la aleja del papel protagonista. A mi madre le brillan los ojos, le babea la sonrisa y se le encoge la nariz en cuanto huele una aventura. Empieza un curso de inglés, se apunta a un taller de literatura y se saca el carnet del cineclub. La Jose devora historias posibles con un ansia adolescente y lo hace a través de su piel tostada al sol. Pero la Jose no es protagonista de esas vidas y ha perdido la oportunidad de serlo de la suya: no sabe tener sesenta y nueve años.

Mueve la cabeza cuando escucha algo reconocible, desempolva recuerdos e inventa un hilo conductor que le legitime la palabra; irrumpe en las conversaciones y modifica los planes. Necesita atención; si no, morirá. Se desvanecerá y tan sólo quedarán las cenizas.

Con catorce años, la Jose fue a un curso de hipnotismo y en su proyección futura se materializó con una capa, en un acantilado. A punto de echar a volar. De convertirse en murciélago. Lo cuenta de pasada, cada vez que conoce a alguien o que se crea un silencio largo. Lo rellena como si fuese un bote de almíbar. Lo aprisiona hasta que escucha el clac.

De pequeña enredaba con la magia a espaldas de la Termita. De las tres hermanas, sólo la Jose se atrevía a mezclar hierbas, coser saquitos, entrelazar raíces con pelos y lanzar maleficios. Además, la aterra el ajo y quiere importar. Esa es la razón principal por la que se empeña en estar delgada.

A mí me quiere y me odia. Mucho. Ve en mí un avatar con el que cruzar mares, subir montañas, rodar películas. Mi madre quería ser

actriz.

Cuando la visito, pongo especial atención en su casa. En lo nuevo, en el brillo de cualquier objeto que sirva de portal a otro universo. A otro año. A los catorce y el sentimiento de ser capaz de formar parte de una hazaña. A aquella vez en la que casi quema el granero fumándose los ahorros de la Termita. A cuando estuvo escapada por el puerto el mismo día que se fugó un mafioso peligroso. A cuando se enfrentó a su padre. Y se alejó de él y de su vocabulario ausente. Dejó atrás todas las toses y

carraspeos de las conversaciones familiares, se negó a agarrar el delantal, el trapo o el dedal que le tendía la Termita a modo de futuro. Se marchó para no llegar a ninguna parte.

Identifico el hambre de boxeadora que la suele poseer, la necesidad de pelea, y le pregunto cualquier cosa para darle coba, para evitar el enfrentamiento. Esquivo a la dementora, a la vampira, al vórtice que la habitan y que apuestan, fanfarronas, quién será la primera en devorarme.

Hubo un tiempo en el que, en la balda de la sala, había figuras de arcilla hechas por mí. Ahora sólo encuentro fotos de ella, selfis sonrientes con lugares no identificables en un segundo plano. Mi madre colecciona dos años de teatro y dos tipos de arrugas: las marcadas por la vejez y las provocadas por el hambre. Asusta por su vitalidad y su locura indómita. Pero, sobre todo, por la cantidad de pastillas que ingiere para evitar perder la puta cabeza. A mí también me ofrece: pastillas para estar delgada, para concentrarme en el trabajo o para sonreír. Lleva años tras el elixir que me permita ser la de las viejas fotos, una persona moldeable, capaz de posar en familia. Junto a la abuela, al lado de mi primo y cerca de ella.

XII Concierto

No suelo ir a conciertos, aunque me encanta bailar.

En las afueras, en uno de los polígonos industriales, han transformado un antiguo pabellón en una sala de música. A modo de inauguración, han traído a los Hombres G.

Me inquietan. El cantante me pone nerviosa. Creo que es por la voz, no parece corresponderle. Pienso si tiene alguna sirena secuestrada en un sótano, sacándole brillo a unos tenedores, a la que le haya robado

la voz. Algo que explique por qué cuando abre la boca lo que sale se le queda pegado en las amígdalas. Recuerda un tiempo en el que quizá sonase moderno, pero nunca actual, jamás natural. Además, se mueve raro.

El caso es que en el grupo de wasap lleno de memes, fotos de niños, maridos divorciados, ofertas de muebles, enlaces de campings baratos para ir en familia, *stickers* y vídeos de las amigas, se ha filtrado la idea de ir al pabellón y hemos dicho que sí.

Sí: dos letras para acoger la desesperación de Francisca en su lucha por encontrar a alguien con quien echar un polvo, ahora que ha vuelto a dejarlo con Paco.

Sí: dos letras para permitir a Silvia, a Yolanda y a Raquel huir de la jauría de críos que tienen en sus casas.

Sí: dos letras, también, para que Ava pueda sentirse superior y alardear de un estilo de vida dogmático.

Sí: dos letras que llegan tarde, a remolque. Un salvoconducto para Sofía, que por fin ha conseguido encontrar el valor y el momento idóneo para pedir permiso a su Diego.

Su marido. Su carcelero. Seguramente, después de una cena especial o de una mamada o, quizá, después de soportar con una sonrisa pulcra, cincelada en la piel, alguna de sus críticas, chantajes o chillidos con los que él, su amor, la mantiene cautiva.

Además de *mi* sí: dos letras con las que herir la membrana que me acoge y me diferencia de todas ellas. Tan sólo una ranura por la que asomarme y dejarme resbalar.

Hace años, hubiésemos quedado en algún bar cerca de la entrada para echar unas cervezas. Hoy nos reunimos en una cafetería nueva, de zumos ecológicos. Después, iremos en dos coches hasta allí: ver el concierto y vuelta a casa. Lo de los zumos ecológicos es por Ava. Profesora de yoga nivel *ninja*, vegana, crudívora, con la flexibilidad del agua filtrada kilómetro cero. Llega tarde, viste prendas holgadas. No le

tocan la piel. Su cuerpo, demasiado compacto, crea un centro de gravedad propio, de manera que las telas orbitan a su alrededor, la cubren sin ocultarla: todas podemos adivinar el contorno de Ava, la forma de sus rodillas, de los muslos acortados, de la cintura inexistente y de sus brazos deshidratados. Existen yoguis viejas. Eso es

una ventaja, tiene dónde asomarse, qué buscar. Una guía de aquello arrugado en lo que se va a convertir.

–Hola, ¿habéis pedido, ya? –Mira los vasos y tazas que sostiene cada una mientras pregunta.– Las infusiones aquí son buenísimas, pero sobre todo me gusta porque la camarera es mi amiga y –mete la mano en su mochila para sacar una bolsita de seda con los hierbajos del té–, me deja usar mi propia infusión.

Cada una ha pagado entre cuatro y siete euros según si hemos consumido un agua ardiente e insípida, o un zumo lleno de pulpa. Ella pide agua hirviendo y moja su tesoro especiado. Coste: cero euros. Tiemblo de ira. Se me acerca.

–¡Qué bien que te hayas animado, chica! Pensaba que no te gustaban los Hombres G, siempre a la defensiva con las letras y eso... –me dice mientras moja con suavidad su bolsita de té casera en la taza de porcelana blanca.

–No me gustan –respondo–. Tampoco las infusiones.

Me quedo callada, esperando una reacción. Ella me mira con los ojos achicados y un gesto de perplejidad inocente en el rostro. Después rompe a reír.

–¿Nos vamos? –pregunta, nerviosa, Sofía.

Salimos de la cafetería y nos dividimos en dos coches. A mí me ceden el asiento del copiloto. El paisaje del otro lado del cristal se me escurre, la cháchara del coche me saca de la conversación. A veces, hago cosas por pura curiosidad, ¿cuánto soy capaz de aguantar?

Las amigas somos icebergs a la deriva que buscan a sus semejantes: grupos desesperados, unidos por la promesa de un día diferente, con el ansia enloquecida por huir de su rutina, de su trabajo, de su familia, de su hogar, de su barrio, de su rol. Se nos salen los ojos de las cuencas, babeamos, saltamos antes de lo que procede, nos empujamos, olfateamos el ambiente y encontramos un grupo similar: gente embrutecida, ávida de drogas y de sexo.

–Me encantan las tías como tú –me dice un hombre con voz pastosa–. Ya sabes, gordas. Con apetito, que les importe una mierda lo que opine el resto, que...

–Exacto. No me importa lo que digas. Pírate. –Procuro apartar de mí el olor a sudor y alcohol que emana de él.

Se descojona. Me deja en paz. Se va negando con la cabeza, mientras sigue riéndose.

Uno de sus amigos también ríe, otro me aplaude, un tercero me observa. Lleno de odio.

Me vuelvo, encuentro a Ava mirándome con una sonrisa tensa.

–No sé cómo lo haces, chica. Te entran todos.

–Igual deberíamos dejar de cuidarnos, ¡la carne está de moda! –dice alguien, puede que Yolanda o tal vez Silvia o Raquel.

–O sacarla con correa, atarla en corto, ¡que nos los quita! –cree bromear Francisca.

Miro mi mano derecha, aún queda cerveza en el vaso de plástico, me lo termino de un trago y salgo del pabellón. Llamo a un taxi.

En el trayecto a casa Pandora toma el control de mi cosmos. Noto su voz, su fuerza, se abre paso en mi cabeza: «¿Y si…?». La tentación me golpea fuerte. Si sucumbo, si escucho lo que me quiere decir, sé que no habrá marcha atrás. Tendré que ceder espacio a su curiosidad, y después, actuar en consecuencia.

Me llega un wasap de B32: «¡Ey! ¿Qué tal el concierto? ¿Ha sido tan horrible como pensabas?». «No sabes cuánto –contesto, y alejo los monstruos–. ¿Qué tal tú?».

XIII El primo

Somos unos críos, Jorge y yo. No recuerdo bien la edad. No tengo buena memoria.

Nos encontramos en su casa de la playa, la que tiene un billar en la planta baja.

Estamos en la habitación de arriba, nos acabamos de despertar, él tiene dos años menos que yo. Se baja los pantalones, me enseña el pene. Me dice: «Ahora tú». Yo me bajo las bragas y le enseño la vulva. Pura curiosidad infantil.

Luego sí, recuerdo, estamos en la planta del billar. Debajo de la gran mesa verde.

Me dice: «Quiero tocar tu chocho. Mira, trae la mano aquí, tócame aquí, venga».

Yo lloro. Le empujo. Creo que le pego una torta. Él llora. Me empuja. Al final, se nos acercan la abuela y mi tía. Él sale corriendo. Su madre me mira con reproche.

–Algo le has hecho, otra vez –dice.

–Le he pegado –digo.

Mi abuela pregunta qué ha pasado. Yo lloro, avergonzada, y se lo cuento. Soy una chivata. Me siento fatal, pero la voz de mi tía se suaviza. Va a tener una charla con su hijo. Nunca más hablamos de eso Jorge y yo. Nunca más mientras somos críos.

Acaba de volver de Miami. Tiene el pelo negro, recogido en una coleta. Los dientes blancos, expuestos en una sonrisa. Hemos quedado en un bar de la zona de la Jose para charlar, pronto iremos a la casa de la playa.

Jorge se quedó huérfano con dieciocho años. Fue a vivir a casa con mi madre mientras estudiaba derecho. Mi padre había huido tres años atrás y yo tampoco vivía con ella.

–Va a estudiar abogacía –me dijo mi madre cuando les hice una visita.

–Ven, quiero contarte una cosa –dijo él, cogiéndome de la mano y llevándome al balcón–: Junto con la herencia de mis padres había una carta de mi madre. Soy adoptado. ¿Lo sabías?

Una sonrisa le rasgaba el rostro mientras ponía mi mano en su pene. Tieso.

Expectante.

Incluso hoy, en este bar, es capaz de mirarme con aquella misma hambre.

–Te veo bien, rebosas… ¿bienestar? –me dice.

La sutilidad nunca ha sido su fuerte. No digo nada. Bebo cerveza mientras le miro.

–¿Sabes? Me ha costado lo mío venir esta vez. Tengo una relación que me tiene loco.

Ella es actriz. Separarme unos días ha sido muy doloroso.

Ahora sí hablo.

–Compadezco a los actores.

–Dirás que te dan envidia. Pueden vivir tantas vidas, sentir tantas experiencias. Es extremo –dice, mirando al frente y mojando los labios brevemente en el vodka con tónica.

–No. Digo que los compadezco porque no pueden crecer. No pueden madurar.

Salen y entran en tantas pieles que no tienen tiempo para reposar en la propia. Y

cuando creen que van a hacerlo, son viejos. Y no saben ser viejos. Y se drogan. Y

quieren morir. Además, mienten. Fijo que se está tirando a alguien en este instante.

Me encojo de hombros y apuro la cerveza. Pido otra.

De críos también bebíamos, con más gente. Sobre todo en el pueblo. El ambiente podría haber sido sano si no fuese por las drogas, las borracheras y el continuo desfase.

Es una aldea pequeña; apenas una calle empedrada con tres casas a cada lado, una taberna, una carnicería y, al final, la plaza, circundada por la iglesia y la sociedad de caza. El pan llega a primera hora de la mañana, suena la bocina que podría advertir del olor rico a pan recién hecho, pero la furgoneta roñosa y destartalada desvela la realidad: si madrugas tienes pan caro y seco.

Voy con Jorge; tiene trece años, yo quince. Somos demasiado mayores para cogernos la mano, pero él siempre la busca, y yo se la doy, porque soy una buena prima. Somos inseparables. Uña y carne. Jorge saluda y dice algo ingenioso. Compramos dos chapatas porque viene la Termita. Es día de celebración familiar.

La familia aún es grande, la gente sigue viva o no se ha escapado, todavía. En la casa nos juntamos los padres de Jorge, los míos y la otra tía, Estefanía, soltera, callada, superior. En ocasiones especiales se une la Termita. Pienso si hay algún cumpleaños cerca, si se me escapa alguna fecha clave. No. Nada encaja. No entiendo las palabras

amables que sueltan a la abuela, como si fuese bien recibida. Ni los cuidados que le profesan, como si fuese una inválida que necesitara ayuda. Ni el ambiente tirante, festivo, como si nos alegrara estar juntos. Nada.

–La abuela se muere –me dice Jorge–. ¿No te ha dicho nada tu madre? Le tienen que hacer unas pruebas. Pero se morirá pronto.

Lo miro sin poder creer lo que dice. Con los ojos abiertos, incapaz de entender sus palabras. Se me acerca y me abraza.

–Pobre primita mayor –se mofa–, siempre piensas que sabes más que nadie, pero no.

Eres tonta.

Me aprieta contra él. Me huele el cuello y me agarra del culo.

–Pobre, pobre...

Me lo sacudo, lo quito, lo empujo, lo tiro y le escupo. Estoy a punto de patearle, cuando empieza a reírse.

–¡Que es una broma, idiota! –se descojona desde el suelo.

Yo me doy la vuelta y echo a correr. Cuando me siento más tranquila vuelvo a la casa; la familia ya ha empezado a comer. Llevan bebiendo desde el almuerzo y les da igual que llegue tarde; me hacen un hueco y me sirven cocido en el plato. Veo desfilar delante de mí una botella de vino tras otra.

La Termita mantiene la mirada fija en la sopa. Da algún sorbo rápido a su vaso, pero pone la mano evitando que le echen más. Cuando me mira no sé qué encuentra, pero le molesta. Desvío la mirada. Pienso que igual sí se está muriendo. Y se me llenan los ojos de lágrimas. No tiene sentido. Es joven. No se queja. Trabaja. Hace rosquillas. Es un bicho sano.

Cuando llegamos al postre, los adultos están como cubas. Mi primo y yo, de repente, nos hemos vuelto recipientes de su curiosidad. Mi tío me revuelve el pelo y dice que ya tengo edad para probar un poco de pacharán. Deja la mano más tiempo del que quiero

posada en mi cabeza, mi cuello, espalda. Mi padre bufa y se ríe. Yo no quiero e intento librarme, pero Jorge les sonríe: él probará.

Al final, deciden que hemos de beber los dos. Como buenos primos que somos.

Siempre cuidándonos. Tan pendientes el uno del otro. Tan juntos y tan majos. Tan jóvenes.

Bebemos, ante la mirada embriagada de mi tío y de mi padre, como si fuese la primera vez que probamos el alcohol ardiente. Encuentro algo blando, ridículo en la boca de los hombres. Humedecen los labios resecos. Sé que desean probarnos. Es la primera vez que soy consciente de que mi padre me da asco.

Ellos ríen, acalorados. Avergonzados. Complacidos. Cachondos.

Aún faltan cinco años para que mi tío y mi tía mueran. Cinco años para que Jorge se sienta más libre. Cinco años para que mi primo me ponga la mano en su polla en el balcón de mi madre. Para que mienta. A mí, a él. Cinco años para construir una excusa endeble con la que esquivar la vergüenza que le corroe y yo saboreo. Siempre he sido capaz de detectarla: anida en sus iris de depredador.

Jorge tose un poco para reforzar la pantomima. Mi tía le da unas palmaditas reconfortantes en la espalda mientras niega con la cabeza:

–No hagas caso a tu tío ni a tu padre. Tú, sé bueno, aléjate del bebercio.

–Claro, mamá.

Dudo si son ingenuos o tan sólo crueles.

Mi primo gira la cabeza hacia mí, me sonríe y guiña un ojo.

Yo me escapo, digo que tengo sueño. Subo a la habitación y cierro la puerta con pestillo.

No sé si la cierro porque le quiero dejar fuera o porque es una manera de estar callada. De presenciar todo ese juego oscuro en silencio. Y no tomar conciencia.

Hoy no hay habitación ni puerta. Sólo estamos Jorge y yo en un bar cercano al piso de la Jose. Mi primo vuelve su cabeza hacia mí. Primero mira a los lados para ver si alguien

nos presta atención, si hay algún rostro conocido. Que pueda molestar. Opinar. Criticar.

Juzgar. No tiene trece años.

–Yo también tengo algo de actor –admite, devolviéndome de lleno a la conversación, a su novia, a su sonrisa de plástico.

Le cojo de la mano y lo llevo al baño. En la planta baja. Cada peldaño me conduce a momentos distintos de mi vida, a recuerdos archivados. Al dolor y al goce. Son trece escalones los que subía corriendo para guarecerme en la primera planta de la casa y los que hoy desciendo hacia ningún cobijo.

Le empujo dentro del baño. Le quito el cinturón y le bajo los pantalones. Está empalmado. Se quita los calzoncillos y me agarra del culo. Quiere decirme algo. Le tapo la boca con la mano. Me subo el vestido, retiro las bragas a un lado y me siento encima de él.

Me lo follo. Me corro. Y me pongo de pie, arreglo las bragas, bajo el vestido y me voy.

Le dejo ahí, creo que llora y me da igual. Saco el móvil, no sé si decirle a B32 de quedar para tomar unas cervezas y frenar así la revolución monstruosa que salta en mi cabeza. Diría que Tántalo y compañía han prendido unas antorchas.

XIV

Los domingos, en el mercadillo

Colocan todo para formar una ola colorida, llena de sujetadores, camisas, pantalones, cachivaches de cocina, trenes de plástico y algo de maquillaje. La marea sube, acoge por igual a la gente de La Alameda, a la del barrio, incluso a visitantes ajenos a todo.

Acumula necesidad, curiosidad, vanidad y tacañería. Nos disolvemos junto al resto.

Me gusta el mercadillo. Los gritos de las gitanas y las miradas ojipláticas jurando y perjurando que todo es de calidad, y, además, barato, y, por supuesto, necesario. El ambiente es abrumador. Metemos las manos en el montón de bragas, en el bolso ajeno o en el paquete de gominolas. Todo palpita y, además, encuentro ropa de mi talla.

Noto una mano en el hombro que me despierta del embrujo, me giro, y lo veo: el jefe. Aquí. La marea se deshace, los chillidos se acallan, el suelo, de repente, pasa a ser sólido, sucio, mojado, áspero. Real.

–No sabía que vinieses al mercadillo, ¡fíjate qué casualidad!, ¿verdad? –pregunta.

–No –creo que respondo.

Aún no ha quitado su mano de mi hombro, me acaricia detrás de la oreja.

–¿Te apetece que comamos algo? –continúa hablando mientras se acerca más–.

Conozco un bar cerca, hacen unas rabas estupendas. Además, me conocen –me guiña un ojo, cómplice de algo que no entiendo.

–No –ahora, sí escucho mi voz–. Me marcho.

Giro y cruzo los puestos sin mirar buscando la aglomeración de gente que impida que el jefe me siga. Que me aleje de su aliento, de su sudor, de sus ojos. De sus colmillos. Corro.

Vuelvo al barrio. Sin ser consciente, entro en el Caronte. Me sujeto la

cabeza con las manos. Presiono fuerte en las sienes, quiero silenciar al cíclope, que no para de reírse.

«Lo tienes loco». «¿Qué verá en ti?». Corrijo al monstruo, planteo otra conversación:

«¿Sabes qué veo yo en él?». Antes de que el cíclope responda, entra Pandora: «Pruébalo.

Mira, ¿y si...?».

Cárol y su ruido interrumpen la enajenación interna.

–¿Has comprado algo en el baratillo? –pregunta sin entonación el sonido de su garganta.

Ha puesto una Mahou delante de mí; yo bebo.

–He huido –le confieso.

Puedo adivinar el torrente de su pensamiento. Lo veo como un pase de diapositivas desgastadas. Se le iluminan en el iris las posibles imágenes causantes de mi fuga: alguien insultándome, «quita de aquí, gorda, estorbas». Clic. Un tumulto de gente agobiada lanzándome miradas intencionadas. Clic. Parte de una conversación estúpida entre dos estiradas de La Alameda: «Se creen que somos idiotas, sí. A mí o me bajan el precio o así les coma la basura», «fijo que a las de su calaña les cobran menos». Clic.

Una escena pesada, manida y asquerosa: un joven insultando a otro por tocar a su chica.

Clic. Los ojos de Cárol son como un caleidoscopio, buscan la imagen que mejor encaje en mi rostro. Niega con la cabeza; sea lo que sea, es demasiado aburrido e impreciso y, además, cansa muchísimo.

Me saca unas aceitunas. Desvío la mirada al televisor en modo mudo. Emite sin descanso un vídeo tras otro de música de los ochenta. El hilo musical, también de los ochenta, parece converger y desaparecer con las imágenes, todo es pura psicodelia. Pido otro botellín aunque no debería beber. El alcohol siempre me lleva a ese estado de tristeza de segunda, usada, como una braga dada de sí.

–Dile a tu abuela que venga a verme –vuelve a hablarme Cárol. Me sirve el botellín junto a un pan con chorizo. Me tiende un paquete envuelto en papel de plata. Otro chorizo para que le lleve a ella–. Le

dices que la próxima vez que quiera embutido del bueno mueva su culo pellejo hasta aquí. Igual, hasta cierro el garito.

Me mira a los ojos como si se acordase de algo que le hace particularmente gracia.

Un graznido seco sale del agujero de su garganta. Apoya su mano en la mía y me da unas palmaditas; yo se la agarro unos segundos. Ella me aprieta y se lo agradezco mucho.

XV Las pastillas

Colecciona pastilleros en vez de dedales. Coloca las cajitas a modo de procesión en la primera balda de la cómoda de la sala de estar, en un altar improvisado. La Termita desconfía del Dios todopoderoso y no se fía de la medicina absoluta, pero escoge la bata blanca y el sabor aséptico de las píldoras ante el sabor húmedo de la madera. No besaba el Cristo del crucifijo en loca devoción, lo chupaba con ansia para rellenar los surcos del hambre de sus labios, hábito que terminó por convertirla en el bicho que es.

No siempre se las toma todas. No a la hora. Quizá desea mantener su inestable independencia. Su derecho a decidir cuánto alargar el dolor de huesos; cómo engordar la espesura de la sangre; qué vislumbrar bajo la telaraña de los ojos o cuándo escuchar los ecos chirriantes del hogar.

Jamás se debe a la mala memoria.

Cada día, como si acudiese a misa, coge un trapo húmedo y refresca las cajitas. Les reza: «Os veo. Os huelo. Os como». Y se le cae una lágrima; la aprovecha para volver a humedecer la bayeta. Continúa con su labor.

Junto a mi montaña de anhelos he encontrado un trozo de papel discordante, parece parte de una carta; temo sacarlo de la maraña de apuntes y que se deshaga entre mis dedos, casi no distingo la firma. Creo que pone Dionisio. Pero podría ser dinosaurio.

Sería genial, emocionante, hasta divertido que la nota sigilosa filtrada por la Termita fuese algo lúdico, sin poso, sin historia; sin trasfondo. Sé que ha sido ella quien ha puesto el papelajo ahí para que le consulte. Hablamos a base de tretas, de excusas, de citas médicas y familiares.

Le pregunto por el nombre. Ella responde lo que le viene en gana:

–Limpiaba la capilla del pueblo. Entonces escupía en el trapo, con rabia y alguna flema por el catarro. No conseguía quitarme los mocos –me confiesa a la vez que chupa de la botella de jarabe para la tos.

El sonido que sale de su boca comienza a invadirme. Las palabras que calla, las que grita, pronto dejan de ser parte del lenguaje para convertirse en la masa del encantamiento. Y, así, como quien empuja del rodillo para crear la base de una empanada, mi abuela me atrapa en su graznido mágico:

–Llegué con dos bragas atadas bajo la falda. Salté del vagón. No pesaba. No notaba mi cuerpo. Había dejado en el pueblo todo lo de dentro, ¿sabes?, llegué siendo sólo el pellejo. Había llegado a la casa de Nuestra Señora de la Merced. Ingresé en el convento.

Me dieron dos trapos: uno para esconder mis huesos y el otro para sacar lustre al lugar en el que viviría los siguientes siete años.

Baja el tono hasta el punto de que apenas diferencio palabras de suspiros. Aunque a veces cambia la historia, el comienzo de su aventura, de su transformación en la Termita siempre viene precedido por un tren. Dudo que sea consciente de haber hablado tanto. Pliega los paños que recoge, aún húmedos, del tendedero y mata una mosca de un golpe seco con el dorso de la mano.

–Eran malas porque debían ser malas.

Se refiere a las monjas, pero también a las palabras. Aprendió a leerlas y escribirlas y eso le otorgó poder para defenderse.

–Una no entra en este mundo por gusto. Nunca se elige.

No sé bien a qué se refiere. Comienza un murmullo, la base de una canción.

Marmalatalaramar. No sé si seguirá hablando. Es el momento del salmo, el primer paso antes de ponerse manos a la obra. Se arremanga y muestra dos ramas, la piel se le ha estirado hasta el punto de que las venas infladas parecen raíces en busca de agua.

Enhebra su canto a la tierra. Se dispone a coser. Otra vez. Obligada a cumplir los pedidos de sus vecinas. Luego se encerrará en su cubículo.

–Algunas eran muy cerdas –ha vuelto a las monjas–. Debajo del hábito

escondían una costra de mugre, así desafiaban al credo –continúa, mientras se quita la suciedad de debajo de las uñas con un alfiler.

Sigue con la canción:

–Eran libres. Podían escoger qué quitarse de encima: un padre, un tío o un hermano violador, un marido impuesto, una plaga de miseria, una servidumbre enfermiza. En cambio, escogían un refugio desamparado y se abrazaban a una doctrina severa para aprender lecciones. Eso es. Ellas eran mejores porque sabían las palabras. Las notas musicales y la canción. ¿La has escuchado? Yo también la canto. Y en esa melodía crecíamos. Éramos muchas. Aunque ellas eran más.

Le da un ataque de tos que la saca del trance; me mira, seria:

–Todas me pegaban. Me estiraban del pelo para peinarlo o me lo rapaban por las liendres. Les olían las manos. Y yo las mordía.

Marmalatalaramar. Imagino los dientes anteriores a la dentadura. Apenas unos peñascos desperdigados por las encías, por la ladera rocosa de sus fauces. Negros, a punto de caerse por la falta de higiene. Soy testigo de la transformación del bicho.

Cuando la Termita cuenta cosas aisladas de la fuga que le ideó su madre, de esa escapada hacia delante siendo una niña, nunca nombra el pueblo que dejó atrás y al que jamás ha vuelto. Esto se debe a que la Termita es un insecto y a que toda esa historia llena de silencios y algún grito desquiciado es fruto de su mente extraña, maquiavélica.

Pertenece al monstruo, al ente venido desde el infierno. *Marmalatalaramar*.

No me ha dicho quién fue el dios del vino filtrado entre mis papeles. Justo antes de volcarse de lleno en la tarea y desaparecer en su taller, toma aire en el quicio de la puerta.

–Tu abuelo persiguió al alcalde con un cuchillo por el pueblo, así es como lo conocí y decidí que me iría con él.

Se queda ahí plantada buscando un lugar donde acomodar la vista, intentando recordar cuánto de verdad hay en esa frase. Continúa hablando, tan bajo que me es imposible saber si la escucho o imagino lo que dice.

–Puedes amenazar a alguien con un arma, cualquiera. –Desengancha una nota de las que tiene sujetas en el cojín. Se queda mirando el

alfiler–: Sí, esto también sirve. –Vuelve a tomar aire, continúa–: pero necesitas creer en tu amenaza si le vas a perseguir por la calle. Eso es.

Vislumbro las calles de aquella época, aún sin pavimentar. Un cúmulo de raíces, de barro y de ratas. Quiero poder ver esa carrera, la del abuelo que acabo de descubrir y la del alcalde de entonces. Como si me hubiese leído el pensamiento, la Termita sonríe de medio lado:

–Tu abuelo tropezó con alguna piedra y se rompió dos costillas. Por eso se libró el alcalde, ¿sabes? Estoy segura de que si lo pilla, lo mata. Yo aún no sabía qué le había hecho, pero tampoco me hacía falta, para entender que ese político de pelo grasiento no era trigo limpio.

Se acerca a mí con intención de cerrar la puerta. De volver a erigir el límite entre su vida y la mía. Sigo su mirada hacia la ventana, hacia la calle que se divisa desde ahí.

Veo las baldosas viejas, rotas y llenas de grietas por las que asoman los hierbajos. Me pregunto si el tal Dionisio llegó a pisarla alguna vez así, asfaltada. Mi abuela cierra tras de sí. Escucho el sonido de la radio disolver parte del recuerdo.

Me quedo como un pasmarote mirando la puerta. Dudo si entrar y preguntarle más, alimentar a mis habitantes. No lo hago. Retrocedo hasta la cocina, abro el cajón verde, cojo las cajas de medicamentos y repongo, con estúpida devoción, su altar farmacológico. Coloco cada píldora, con cuidado de no equivocarme, dentro del estuche metálico mientras pienso en el espíritu enfermo que se guarece en ellas.

Osteoporosis: vitamina K2.

Hipertensión: Tensinol.

Arritmia por fibrilación auricular: Sintrom.

Cataratas: Retilut.

Las cajitas son de colores chillones. Con flores. Y alguna frase de mierda: «Ánimo, tú puedes con todo».

XVI La cita familiar

La Jose está en la guarida. Entro y huelo la mezcla de cremas y lociones que la envuelven y enrarecen el ambiente. Me transportan al

baño de su casa y al olor agrio de su vómito en el lavabo. Le cruje demasiado la espalda como para arrodillarse ante el inodoro.

–¿Vienes de correr? –pregunta–, estás sofocada –dicta–. Me ha contado lo de los espejos –le reprocha a la Termita, que esconde el rostro y empieza a reírse.

La risa se vuelve mayúscula, se torna en una carcajada gigante que provoca, primero, un temblor a lo largo de su espalda, después, un ataque de tos.

–¡Mira lo que has hecho! –me grita mi madre– ¿Le toca alguna pastilla? –pregunta, mientras posa una mano tranquilizadora en la vieja maltrecha.

La Termita rompió todos los espejos hará cosa de tres semanas. Para que no me mire y así evitar enfrentarme a la repulsa que busco en mi reflejo y me daña.

«Come». Me ordena, me dice, me pide, me mira, me cocina. Y yo como, insaciable.

Porque me encanta.

De pequeña me ponía filete con patatas fritas. Después, cogía algo menos de media barra de pan, la abría por la mitad y untaba el jugo aceitoso del filete de la sartén. Lo reservaba. Por la tarde me preparaba un bocadillo de jamón en el pan jugoso, siempre que la visitase los días de cobro. Si no, ponía chorizo entre pan con mantequilla. O

queso y membrillo. O, simplemente, la mantequilla con algo de azúcar. La Termita buscaba la forma de meter algo de grasa en mi cuerpo devastado por los miedos de la Jose. En casa la comida se servía al vapor o hecha al microondas. Mi madre cocinaba labrándome un futuro. Que creciera delgada. Así, tendría alguna oportunidad.

Miro a mi madre, inquieta en la cocina y veo su angustia. Cada uno de sus horrores anida en mi cuerpo de ahora. Abro la puerta de la despensa, cojo un trozo de queso curado de oveja, saco membrillo de la nevera, pillo un cuchillo y me siento en la mesa circular.

–¡Todo te da igual! ¡Por lo que más quieras, habla! –grita mi madre.

–Rompió los espejos, sí. Recogí los trozos, creo que no me dejé ninguno, pero ten cuidado si te descalzas.

Eso último lo digo con retintín: no se ha quitado los zapatos sucios de la calle, aunque sabe que a la Termita no le gusta. De hecho, por Navidad nos regaló a toda la familia unas zapatillas de casa confeccionadas por ella. La Jose enrojece, pero no se quita las botas.

–Dice Jorge que quiere ver a la abuela.

Miro a la Termita, apenas ha dejado de toser y ya ha vuelto con su risita.

–¿Y por qué no ha venido? –pregunto a mi madre mientras le doy un manotazo para alejarla de mi queso.

La Jose se levanta. Si pudiera, me lanzaría rayos violetas por el iris, llamas rojizas por la boca y balas llenas de oscuridad por las tetas. Pero no puede. Nunca ha sido capaz de matar a una mosca. Los animales, insectos y demás seres vivos no humanos ocupan la cúspide de su amor. Además, ha aprendido a destilar la rabia: a secarla al sol, a negarla y a digerirla por todo alimento. Da unos golpes con la suela de los tacones en la baldosa de la cocina, se desprende algo de barro. Besa a su madre en la mejilla y le ahueca el pelo de la nuca.

–Arréglalo –grazna antes de salir, de llevarse su olor y de dejarnos el rastro de la risa nerviosa, del lodo en el suelo, del queso seco, de la mosca que se posa en el membrillo y los wasaps parpadeantes en la pantalla de mi móvil:

«Estás loca, pero por el bien de la familia no voy a decir nada. Te pasas demasiado, prima».

«Deberíamos quedar antes y hablarlo, ¿no?».

«Trae a la abuela, le vendrá bien el aire de la playa».

«Entonces, ¿cuándo nos vemos?».

«¿Hoy? ¿Mañana?».

XVII

Dar de comer a los patos

–¡Por Dios, que sólo son patos! La gente está chalada.

Miro a la Termita para comprobar si ha entendido la frase de Cárol. Es un acto reflejo estúpido. Claro que la entiende. No necesita el ruido gris para saber que a su amiga le repulsan las parejas, las abuelas con las nietas, los tíos con las sobrinas...

Cualquier tipo de dúo creado para ir una tarde de otoño a dar de comer pan seco a los patos.

Mi abuela ríe bajito y se le agarra del brazo.

Alambre con alambre, parecen unir un eslabón de una cadena débil. De cobre, un tercer puesto que muestra un pódium que nadie recuerda.

–El pan que dejan se lo comen las ratas –sentencia la Termita.

Ahora ríe Cárol. O lo intenta. Un sonido espantoso aleja a los mirones de nosotras.

Preferiría no estar aquí. Ellas también. Mi presencia las envejece e infantiliza. Les recuerda que, en cualquier momento, pueden trastabillar. Pueden necesitar ayuda. Las eternas ayudadoras han abandonado su rol. Visten nuevas medias para sujetar la piel que resbala en busca del suelo. Han cambiado de bragas. De compresas. De dientes. Y

utilizan prótesis y fármacos para poder mantener el ritmo y comer en un restaurante. O, simplemente, pasear por un parque sin mearse en público.

Ahora pasan, sigilosas, entre los amantes que se ríen o enamoran gracias a los patitos.

–Si pudiera y supiera, haría *foie* –le dice Cárol a un crío que acaba de empujarla para asomarse al puente.

El ruido espanta al niño y al adulto que lo acompaña.

A veces, Cárol se me aparece como una heroína, llena de orgullo, de entereza, de destreza: inamovible. Excepto por el exceso de maquillaje, las ropas juveniles que no se

adaptan a su cuerpo, las zapatillas deportivas con las que tropieza, el jersey abierto que no la abriga o la mochila con cuerdas, tipo saco, que lleva por bolso.

Me ciega el destello de terror que la sacude cada día, cada minuto, cada segundo en el que el tiempo pasa por encima de su cuerpo perecedero y se lo recuerda; puede que hoy o mañana o dentro de un año: morirás.

Cárol y mi abuela cuchichean. Planean. Siempre que se juntan da la sensación de que algo está a punto de echar a volar. Tal vez ellas. ¡Ojalá, la ciudad entera! Sucederá.

Sólo queda el último detalle del plan, de la gran argucia de su aventura, tan sólo una última idea que lo redondee todo. Las miro, impacientada, me muerdo las uñas, se me acelera la respiración. ¿Ya? ¿Qué va a pasar?

Al principio, pensaba que hablaban de cuando convivieron en el convento. Que recordaban viejas anécdotas, situaciones ridículas, muchas, terribles. Un día me paré a escuchar y entonces presencié un partido de tenis, de pimpón, de pádel. Con bolas que rebotan detrás de la nuca o en el interior de un escupitajo, de una flema.

–Un padrastro malvado, del montón, como cualquiera, pero el cabrón de él bebía mucho, pegaba. –Primer golpe de la Termita.

–Sexualidad reprimida. Eres mala. Estás enferma. Loca. Histérica. Es que nadie te ha follado bien. –Devuelve Cárol.

–¿A quién quejarte? ¿Dónde pedir ayuda? ¿La familia? ¡Ja! ¿Quién tiene de eso?

Mejor crearla, ¿no? ¿Y mantenerla? ¿Cómo? ¡Ja! –Tuerce la pala el bicho. Deja la bola muerta.

–Tras la barra encuentras calor, palabras. Graduación alta. –Contrataca Cárol.

–O te dejas la vista cosiendo el camino recto. O a cruces. O con dobladillos.

Ovalados, también. –Devuelve una bolea mi abuela.

–Y escondes lo que puedes. Por si te destrozan el local. Una pintada. Otra. –Tanto de Cárol.

El partido deja de tener ritmo. La bola es demasiado rápida, esquiva la pala, nadie la controla. No hace falta.

–Pliegas algo de ropa buena en la maleta. Disimulas.

–Te atragantas con tu mentira. Aprendes a reconocer a otras igualitas a ti: mudas y hambrientas.

–Y dejas escapar a una hija. Que se libre.

–Te escapas a otro sitio. En otra calle y en otro portal. Te abrazas a una cama demasiado grande.

–Y otra hija huye en la dirección equivocada. Va hacia lo que deja en casa.

–Aprendes a llorar, a desahogarte.

–A chillar.

–Al final, te acostumbras al olor a lejía. –Fin del partido.

Entonces, ¿qué?, ¿qué hacemos?, hay un plan, ¿verdad? Una salida, ¿no? Todo esto que veo pasar como mi vida tiene una razón, ¿no? ¡Decidme! La Termita me tira del brazo y me devuelve al momento.

–Vamos a casa. Preparo unos churros.

Voy a por el coche, las espero en doble fila, veo cómo la fina cadena herrumbrosa camina, pachucha, como una lombriz. Sé que si espero lo suficiente encontraré el quid de todo. Ellas quedan, se desahogan, lloran viejas mierdas para no tener que mirar las nuevas.

«¿Y si las ayudas? ¿Y si nos haces caso?». La pregunta de Pandora me revuelve.

Estoy a punto de tenderle la mano y dejarme guiar por las calles rotas y sucias que pisotean mis monstruos. Saco el móvil por inercia, está apagado. Mierda, me he quedado sin batería.

XVIII El psicoterapeuta

El despacho es pequeño, los muebles son del Conforama y la planta de rigor se muere.

Él es calvo, bajo, viejo, usa gafas, viste ropa limpia y planchada, lleva las cejas recortadas y me atiende, reclinado, desde su sillón.

–Puede que seas una comedora emocional, claro; pero me interesa lo del cíclope –

dice.

–Me duele el sistema respiratorio, lo noto cansado, creo que son agujetas en las costillas, en los pulmones, en el corazón. Quizá deje de funcionar.

Se lo digo para que lo anote en ese cuadernito. Para que apunte algo. Me parece un dato relevante. Pero no se inmuta, me observa por encima de la montura de pasta azul cobalto. No nos entendemos.

Lo de acudir al psicoterapeuta es cosa de B32. Me sedujo con la idea de ser parte de una serie, de encontrar, quizá, un idilio extravagante, y, sobre todo, de creerme interesante ante la voz de un extraño. También la Termita, a su modo, intentó comunicarse, pidió una cita para ella en salud mental y dejó la nota pegada en la nevera durante una semana. Cuando se le pasó el día cosió el papel a un trapo y lo ató al respaldo de la silla de la cocina hasta que, por fin, me escuchó llamar a alguien por teléfono, decir la palabra «terapia» alto y claro, y colocar un papel con el día de mi cita apuntado en la nevera.

Entonces finalizó el hechizo: rompió el trapo, lo quemó y lo usó para asar castañas.

Pero en realidad, lo de acudir dos veces al mes a esta sala asfixiante se lo debo a mi madre: la Jose se asustó muchísimo cuando comprendió la treta de la Termita y procuró disuadirme de todas las formas que conoce: me llevó a que me echaran el tarot, a que me leyesen el iris e hicieran reiki. Y es que a la Jose le aterra lo que el señor pequeño de gafas incómodas pueda opinar sobre ella. El miedo, dolor y vergüenza recorren su rostro como tres hilanderas jugando con el hilo de los recuerdos; qué hizo, cuándo y cómo le puso fin. Pedí consulta.

–Llevas unos pendientes muy bonitos –sigue hablando el hombre.

–Me los ha regalado mi madre.

–Tu madre no te regala nada sin pedir algo a cambio. ¿Qué ha sido esta vez?

¿Limpiarle la casa? ¿Acompañarla al médico? Es como un veneno. Sabes que te abandonó.

Lo suelta todo como si en vez de lengua tuviese un fusil o un bazuca. Cada frase es más bestia. Más dolorosa. Mide el impacto de sus proyectiles en mi tripa. En los retortijones. En los padrastros de las uñas. Creo que lo hace para que llore. Pero yo no lloro. Y no sé por qué.

Él no afloja el escrutinio, prepara otro ataque, otra ráfaga de palabras punzantes.

Pero antes de pronunciarlas, me observa. No es el primer hombre que me mira así. El psicoterapeuta jamás me pregunta sobre mi vida sexual. Evita hablar de sexo a toda costa. Creo que le da asco pensar en mí desnuda, en mí teniendo un orgasmo, en mí disfrutando de mi cuerpo gordo. Insano.

Lo mío son los problemas con mi madre. De eso sabe mucho, existe información infinita sobre el caso. En cualquier película, serie, novela, tarjeta publicitaria. La madre como causante de todo, del dolor, de la amargura, de los traumas, de la soledad, del vacío identitario que me golpea, día tras día. Espero, paciente, la sesión en la que me llame Electra y así incorporar un nuevo ente en mi cosmos monstruoso.

XIX La otra hija

«La otra hija no quiso ser madre», me cuenta la Termita mientras me muestra tres dedos largos con los que enumerar a sus hijas: la Jose, mi madre; la Marga, la muerta; y la regalada, Estefanía.

Veo que la uña del dedo gordo, de nuevo, le está creciendo por dentro de la piel.

Cojo su mano con cuidado de no romperla, de no convertirla en polvo. Me concentro en la tarea de cortar uña, rasgar piel, limpiar sangre y volver a cortar. Trozo de carne.

Trozo de garra. Trozo de piel.

–Y a la Marga la mataron –dice.

No me doy cuenta, pero he respondido de forma automática:

–Fue un accidente de coche.

Ella niega, mueve la cabeza de un lado a otro con tanta fuerza que se la va a arrancar. Se levanta y se acerca a la cocina. La miro hacer, y justo cuando voy a salir a la terraza, coge aire y empieza a hablar.

Tomo asiento, escucho:

–Daba palizas a las tres. La Marga y la Jose podían casarse ¿sabes? Huir y dejar ese infierno. No era tan raro en aquella época. Bueno, a la Jose le quedaban un par de años, quizá tres. Pero Estefanía... No se iba a librar de sus manos tan fácilmente. Eso si no la mataba el hambre. O si no la cogían por sus ideas, claro. Porque Estefanía era espabilada, sí señor. No digo que tu madre y la otra no lo fueran, pero la pequeña... Se daba cuenta. ¿Entiendes?

Era guapa. Y se encariñaron de ella. Les dije que les podía limpiar la casa, que la podían tener de interna. Eso es lo que les dije. Pero le pusieron una habitación, le dieron juguetes y le enseñaron cómo jugar con ellos. Y pudo comer chocolate con pan. Eso hicieron. Y Estefanía creció desde ahí. Se la quedaron. En el otro barrio.

Toma aire para continuar hablando, me mira con los ojos a medio hacer, la rendija ocre se le ha esparcido por la cara.

–Y a la otra la mataron. Me da igual que se matase con ella, pero la mató. Trae unas ortigas ¿quieres?

Me levanto y salgo en busca de las plantas.

Algo le pasa. La visita de Vicenta del otro día quizá la haya alterado o, tal vez, el paseo por el parque con Cárol. No lo sé y preferiría no tener que preocuparme. Le entrego las ortigas, me mira, despistada; después, se asusta. Acaba de olvidar para qué las quería.

–Tranquila –le digo.

La estrecho contra mí. Preparo chocolate caliente, nos sentamos en el sofá. Pongo una telenovela de esas larguísimas, esas que son como una amiga que envejece junto a ti y te roba la energía vital con cada emisión.

Ella sonríe, ha reconocido al diablo, se saben mutuamente, se arrebuja en el sillón y se sube la manta hasta la nariz.

–A esa le iba a dar yo una azada, sí, señor.

XX Un respiro

Cada año, B32 insiste en que vayamos a recoger castañas. Es una actividad que hacemos en silencio, casi con solemnidad. Se trata de una de las formas en las que B32 acuna mi caos y lo desenreda. Pero ha llovido demasiado y dudo que vaya a ser la mejor de nuestras excursiones en pos de castañas. Tomo asiento en el tronco de un árbol caído; la corteza está húmeda, tengo los pantalones llenos de barro. Al sentarme, he apoyado la mano en una tela de araña y noto un montón de bichos recorrerme por dentro de la camiseta. B32 me mira, se acerca y rompe la regla de no hablar:

–Ni se te ocurra protestar –me dice, seria. Levanta la cabeza hacia las ramas de los árboles y se queda así un rato; creo que sonríe, apenas logro escuchar su voz–: Venga, inténtalo.

Se refiere a que pruebe a cerrar los ojos, a que respire el ambiente sano, a que deje de pensar, a que, por una maldita vez, me olvide de juzgarlo todo y de sentirme juzgada. Y

a hacerlo desde las entrañas, desde el lugar del no-lenguaje, desde la esencia bruta y primitiva que he escondido bajo tanto monstruo.

Duele. Abro los ojos. La luz que alumbra el castaño que tengo enfrente es preciosa.

No hay otra palabra mejor para describirla. No busco otra imagen más mía, no me empeño en definirla de otra manera. Las letras que me importan han dejado de ser visibles, la curiosidad que me lleva a buscar el significado más preciso de lo que me rodea se ha apagado. Poco a poco, se filtra en mi pequeño mundo la idea de esa luz. De su belleza. Y me destruye: durante ese intervalo, he conseguido no ser importante.

Tardaremos al menos una hora más en llenar las bolsas con castañas. Más tarde, se las llevaré a la Termita. Las extenderé en la mesa de la cocina. Y las secaré con cuidado.

Las meteré en el horno, pero no haré ninguna incisión. No dejaré ningún hueco, orificio, vía de salida que permita la huida a la presión que albergan. Los monstruos se quedan, vencedores.

Después, la Termita tomará asiento cerca de mí, las dos, atentas al ruido de la explosión. Mi abuela dará un respingo en el asiento cuando escuche el estruendo de la primera castaña reventada contra el cristal.

XXI La casa de la playa

Al permanecer cerrada durante la mayor parte del año, los gatos se han vuelto visitantes de la urbanización. Al igual que los turistas, llegan, arrasan y se van a otro lugar, más fresco si el calor es insoportable o más cálido si el frío se vuelve molesto. Sólo que los gatos son completamente dueños de sus decisiones; los turistas volvemos por inercia, porque no sabemos qué otra cosa más podemos hacer.

Lo único que perdura es la humedad, el salitre y ellas: las segundas viviendas, las intermitentes, las disfrutadas como un polvo de fiesta. Me acerco a la nuestra, noto su rechazo antes incluso de sacar la llave, la puerta no cede, pero la fuerzo: giro la llave mientras empujo; primero la atraigo hacia mí, después hago fuerza contra el marco.

Cruje y se abre.

Me arranco una telaraña que se me ha quedado pegada en la frente. Suspiro. Me apoyo contra la pared, dejo los brazos lánguidos reposar contra la piedra. Me duelen.

Me molestan. De repente tengo la certeza de que no me pertenecen. Se han convertido en unas alas finas, secas: apenas una membrana hecha para albergar el vacío. Es una sensación desagradable. Temo no poder volver a gobernarlos. Quedarme inmóvil para siempre. Incapaz de decidir sobre mi cuerpo. Me da miedo ahogarme, pero me concentro en no hiperventilar.

Algo choca contra la ventana. Es el dedo de la vecina.

–¡Habéis llegado!

Asiento tras el cristal, y me quedo así, callada, mirándola sin poder esbozar una sonrisa. Abrir la boca. Pedir ayuda. La vecina me observa durante dos segundos más, antes de sacudir la mano a modo de despedida y alejarse.

Cuando llega la bruma, las siluetas se vuelven corteza de árbol, raíces o papeleras metálicas. Procuro no pensar en ello, mantener la calma y

evitar el encantamiento.

La Jose, Jorge y la Termita llegarán para comer. Dispongo de apenas unas horas para pactar una tregua con la casa, ventilar, limpiar, quitar el polvo y dejar el lugar acogedor.

Es una tarea complicada. En nuestra ausencia, la nada se ha extendido igual que una urticaria, un herpes zóster que cubre las paredes de gotelé, las sillas de mimbre, las tulipas de las lámparas y, sobre todo, las fotografías apuñaladas contra la pared.

Cuando termino, completamente agotada, encargo una paella.

Mi familia llega, la terraza parece un lugar seguro. Al igual que en casa, el espacio intermedio entre estar dentro o fuera es el limbo al que pertenezco, el único remanso de paz del que soy capaz de disfrutar.

Jorge ha sacado el móvil y, orgulloso, le ha enseñado a mi madre una fotografía:

–¿Es guapa, verdad? –le pregunta, ufano, como si la belleza de la mujer de la pantalla se debiese únicamente a él y a su sagaz percepción.

–No se la enseñes a esta –dice mi madre guiñándome un ojo–, que igual intenta quitártela. Ya sabes, hoy en día, por la mañana, dulce y por la noche, salado.

Las frases vacías con las que rellena el silencio que desea arroparnos son irremediablemente ineficaces. Pero ella lo intenta. Lo ha leído en una de esas revistas de moda. En uno de esos artículos polémicos de Twitter. En una pintada en una cuenta de Instagram. Lo que se lleva ahora es el género fluido y el ser comprensible con aquello que ella no entiende de ninguna manera. Así que dice noche y día, salado y dulce, blanco y negro, para no decir polla y coño, mujer y hombre. O madre e hija.

Demasiados significados rompen su alfabeto.

Jorge se ríe, la Termita se ha recostado y ha empezado a roncar suavemente. Mi madre me pasa el móvil, y con ese gesto, traslada también el orgullo de Jorge a ella, a la Jose: soy familia de este portento. Miro la foto: la mujer es guapa y artificialmente delgada. Lo comento:

–Pasa hambre –y le devuelvo el iPhone a Jorge.

–Qué va, ¡si come un montón! –dice, entre carcajadas.

–Entonces, vomitará. Para estar así de delgada, así como tensa, como si la piel fuese un pellejo que tapa un interior desagradable, tiene que deshacerse de lo que engulle, vomitar cada vez que come carbohidratos o, simplemente, no comer. Si alguien es delgado, no duele, no se estira, no posa disimulando.

Jorge y mi madre comparten el mismo gesto atónito, babean con la boca abierta.

Prosigo:

–Cremas, maquillaje, gafas de sol, meter la tripa para ser fotografiados. Para negaros. Es lo que veo en vosotros. Y en ella. Pero es guapa, sí.

Han dejado de escucharme porque han empezado a hablar al mismo tiempo. Mi primo, para decir que no tengo ni idea y debería aprender a considerar otras formas de vida más allá de mis ideas; mi madre, para decirme que soy una envidiosa maleducada y, además, gorda.

La Termita ronca.

Y yo pienso que sí, que hay maneras de vivir distintas a la mía, que, de hecho, las huelo cada día, cada vez que me levanto de la cama; que las veo, a todas horas, cada vez que poso los ojos en una pantalla; que las oigo incluso cuando estoy trabajando y tengo la diadema incrustada y que las trago entre arcadas cada vez que me invitan a una galleta *diet*, a un refresco sin azúcar o a una menestra hervida.

Y sí, me da envidia no ser capaz de olvidarme del cíclope, ni de Pandora, ni de Tántalo, ni de ella, la Termita y su continuo crepitar: «Come, disimula, vete».

Después, cansada de todo el día, me echo en la cama. Algo triste empieza a acariciarme. Lo agradezco. Mucho. Si tuviese un mínimo de energía, me levantaría, recogería mis anhelos, los clavaría en un corcho en la pared, añadiría las postales de los errantes, observaría el mapa loco de la ciudad, sus puntos calientes; y, por fin, buscaría respuesta a las preguntas que taladran mi cabeza. ¿Y si prendiese fuego a ese sitio? ¿A esa casa? ¿A esa sucursal? ¿A esa persona?

Recuerdo el ruido de la castaña reventada contra el cristal, empiezo a

llorar. La tristeza funciona como un último mecanismo de defensa: quita fuerza y aplaca la rabia.

XXII

La escatología

Sentada en la taza de baño es donde mejor pienso. Las ideas y palabras se unen, perfectas, contundentes, sólidas. A veces, creo que podría escribir un ensayo así, cagando.

Será porque el baño es un lugar aparte. Un lugar íntimo, quizá, el único honesto. Se trata del sitio en el que no disimulo. En el que mi pensamiento se hace eco, con tranquilidad. Con la calma. Y es, además, el único habitáculo en el que la Termita ha dejado un espejo: me miro, veo las arrugas de mi cara, las patas de gallo, los paréntesis que guardan mi boca. No son muchas. Mi rostro es bello, siempre lo ha sido. Los ojos son bonitos, casi transparentes. Me veo y pienso que soy una mujer interesante, atractiva, ingeniosa. Inteligente.

Luego entro en la ducha, dejo que el agua caliente me mime, que los olores del gel y del champú me llenen. Alargo el momento más allá de lo necesario para estar limpia. Sé que dentro de poco, en cuanto me vista y cruce el umbral, lo olvidaré todo. El miedo y la inseguridad se harán hueco en el sobaco sin depilar o detrás de la rodilla izquierda.

Entonces, el lenguaje se arremolinará por todo mi cuerpo como un escudo con el que enfrentarme al mundo. Y yo lo hablaré. Me comunicaré. Y, al final, como siempre, diré más veces de las que quiero lo que se espera que salga de mis gruesos, carnosos, pegajosos y provocativos labios rojos.

«Vete»

Lo ha visto. El tren se mueve más despacio de lo que creía.

Los hombres continúan concentrados en el trabajo de la tierra: raíces, piedras, lombrices y humedad.

–¡Vete! –escucha el grito agónico de su madre.

Esperanza no duda. Tira la azada y se lanza a la carrera. No vuelve la vista atrás.

Debe saltar.

Mete la mano en el bolsillo por inercia, después de rodar por el suelo de uno de los vagones.

Se pincha con la aguja, esconde el dedo lastimado en el dedal.

XXIII Los encargos

«Entra y cógelos»

La casa de la Termita no siempre permanece quieta. Las cucarachas entran y salen por debajo de la piedra; también se esconden lagartijas, escarabajos, ratas. E incluso alguna gallina. Si te fijas bien, puedes ver sus patas. La puerta desaparece de la pared. El hogar te da la espalda, no le interesas, pero a la vez, te reta para que entres.

«Entra y cógelos»

La Termita está de espaldas a mí, mirando por la ventana. Sólo ella sabe el paisaje que se le aparece tras las telarañas, no lo compartirá con nadie. Apenas puede ser dueña de ello. Ha colocado nueve paquetes encima de la mesa estrecha de roble. El tamaño es distinto, pero la magia que guardan es idéntica. Una gasa blanca los envuelve y un trozo de cordel los ata. El encantamiento reposa en cada centímetro del envoltorio, en su atmósfera y en cada segundo hilvanado del arte de la Termita en su trabajo. Ha vuelto a tejer. Y lo hace para recién nacidos, para una comunión, para la noche de bodas o, simplemente, para que alguien regale una prenda bonita, hecha con cariño. En cualquier caso, teje para todas las vidas ajenas que le chupan la vista, le comen el tiempo, le agotan la concentración y le recuerdan: esto no es para ti. No te corresponde.

Observo los paquetes y me doy cuenta de que uno de los cordeles es distinto, no es el ocre habitual, es más marrón. Se me hace raro que el bicho no haya pedido más rollo del mismo tono. No le gustan las disonancias. En cualquier caso, los recojo y guardo en el carro de la compra. Me dispongo a salir y justo antes de marcharme, vuelvo a mirar a mi abuela. La Termita llora con suavidad, su espalda se encoge, los hombros parecen a punto de descarnarse, de convertirse en palo, de abrir un ala fea, del color de la paja, y cobijar al insecto.

Bufo. La dejo con su drama. No puedo evitar enfadarme. Podría negarse.

Simplemente, decir no. Ni siquiera sé si lo ha intentado nunca, si ha

probado en el baño, ante el espejo; cómo sería, cómo abrir la boca, dónde posar la lengua. Y soltar el aire.

Crear una pequeña incisión por donde la presión pueda escapar, tenue, sutil, necesaria.

Voy al bar. Cárol me saluda con su eco gris y me saca un botellín de Mahou.

–Para la semana que viene habrán pasado a recogerlos y a pagarlos –me dice.

Nunca por adelantado. A veces, tardan incluso meses. Para qué. Para qué necesita el dinero un insecto loco que vive encerrado en la casa de la familia. Si no gasta. Si no sabría en qué. Me tiemblan las manos que sujetan el cristal de la botella. Cárol pasa de mí, fija la mirada en el televisor.

La gente entra, se sienta, habla en voz alta. Pide algo de comer. Algo de beber.

Planea qué va a hacer después, el fin de semana, de vacaciones, la tarde próxima, cuando estrenen tal película, una obra de teatro, cuando vuelva a haber concierto en el pabellón, cuando toquen las rebajas, comprar una sorpresa para la pareja, o la madre, o el cumpleaños de algún hijo, el ascenso del cuñado, la comida familiar en el nuevo restaurante; no, en el viejo, en el del pueblo de al lado, que le han dado un premio. O

mejor, una escapada exprés, igual al monte, eso, a no consumir, comprar unas botas para el barro en todo caso, mirar si se tiene un jersey para el frío, llevar la compra hecha para cocinar en el bungaló, y unas cervezas, y algo de chocolate, y pasar por la tienda *gamer* para un juego de cartas sólo para dos, o en familia, un puzle; que no vea pantallas el niño, que es el monte, sí, sí, un puzle, o unas piezas de construcciones, o unas témperas de esas de pintar con las manos. Claro. Algo para que no se aburra; que, total, tampoco hay mucho que hacer en el campo, sobre todo si llueve o hace malo, ahora que anochece tan temprano. Que no mire por la ventana. Que se vuelven raros.

XXIV El barrio

El barrio ha existido siempre. Es uno de esos lugares anteriores a todo.

Acoge pisos feos, sucios y amontonados para guarecer a personas feas, sucias y amontonadas. Dicen que ciertas calles son peligrosas. Y lo son. Pueden crear una grieta en la mampara de seguridad y felicidad que rodea a la gente de La Alameda. Pero lo cierto es que el material de ese cristal también recorre nuestro asfalto. Se propaga como una enfermedad corrosiva, brillante, engañosa. Un espejismo. Un canto de sirenas: ves a alguien que empieza cambiando el armario, visitando nuevas tabernas, hasta que, en un momento, lo observas a través del vidrio, casi embalsamado. Como el feto de un bebé deforme. Conservado en formol.

Por suerte, en el barrio podemos mezclar esos cristales con la fealdad. Sabemos ser horteras. Amontonamos nuestros cachivaches limpios, lustrados, bien conservados, con el plástico nuevo, extranjero. Nos insultan, nos dicen que se nos cala a la legua. Que no tenemos clase. Que imitamos. Pero lo cierto es que sobrevivimos. Y ya me he cansado.

Ayer, al volver del Caronte, dibujé el mapa.

He colocado parte de mis deseos, los he unido con cordeles a las imágenes que he dibujado, y he ido más allá: he dado voz al cíclope. Me habla de tipos de piedras, de proyectiles, de armas caseras con las que arrasar.

Guardo el papel enrollado bajo el colchón. Me noto más cerca que nunca de la Termita y de sus malditos tesoros; de su terrible error por confiar en la causa perdedora; de sufrir las consecuencias; de tener que pedir perdón y suplicar clemencia; de abrazarse a la mano lánguida de Vicenta, implorar que intercediese por ella. Evitar el fusilamiento. A fin de cuentas, sólo eran unas armas viejas, rojas. Y ella, mi abuela, le había regalado una hija.

XXV Fin de semana de actividades

Hoy toca poner a prueba la idea del jefe para reforzar el compañerismo en la empresa: dispararnos balas de colores con escopetas y comer hasta reventar. De cría, recuerdo huir del balón en el recreo. Y de Sonia, la abusona de entonces. Quién sabe qué tipo de monstruo será ahora. Antes de marcharme, la Termita me pide que le lleve unas latas de anchoa en salazón, maíz y alcaparras. En contadas ocasiones, cocina una especie de encantamiento, un plato que come ella sola. Suele colocar patata y zanahoria cocidas en mitad de una

fuente grande, le echa aceite de oliva y pica las anchoas y alcaparras; después, lo adorna con maíz. Nunca me ha ofrecido.

Sonia puede tener doce años o ser el hombre que me mira tras el uniforme del Paintball: ropa de camuflaje manchada de pintura, un escudo y una escopeta apuntando directamente a mi ojo izquierdo.

–Si no te pones bien el visor, te puedo dejar ciega –me grita y en ese mismo instante, alguien le dispara por detrás: su amabilidad le ha costado la partida.

Veo cómo se le deshace el rostro para albergar el más indómito odio: vendo más contratos que él. Gano más que él. Mi horario de trabajo es mejor y, además, le han disparado por mi culpa. Por no estar atento. Por tener que velar por mí. Por la B73 de las narices. Vendo más contratos que él, aunque sean un fraude y reclame la mayoría, gano más que él, aunque no llegue a los mil euros limpios al mes, mi horario es mejor, aunque esté todo el día metida en una centralita. Y le han derrotado porque ha tenido que protegerme. Su rabia huele a raíces. Poderosa. Grande. Torrencial.

El jefe es quien ha enviado a B32 sigilosamente a asediarlo y a dispararle. Sale de su escondite, me guiña un ojo y proclama la victoria. Otra más. Ahora toca celebrarlo con cubatas y una comilona. Todo a cargo de la empresa. El soldado abatido me mira y suelta una maldición entre dientes: «Más vale que la comida esté buena», me dice, y me da una palmada en la espalda. Como si así me perdonase el ser idiota.

Llegamos al restaurante. El jefe toma asiento frente a mí. Pide mucha comida, también vino. En constante movimiento, sirve del plato del centro al mío, rellena la copa, me pregunta si me quiero terminar lo que queda en el suyo mientras me desliza una croqueta. Un trozo de pastel de cabracho.

Yo me lo zampo con una sonrisa, estoy convencida de que me falta apenas un pastel de canela para reventar. Para explotar como una castaña sin fisuras y llevármelo por delante. Para que mis intestinos le cuelguen del pelo. Para que mi hígado se le deshaga en la copa. Para que me coma el coño.

XXVI

La ficción

Me tocaba un día de fiesta, puesto al azar, por convenio. Estoy en mi habitación, me he despertado antes de lo que hubiese querido. Me han regalado tiempo y me siento incómoda.

La pausa, el lapso que aminora el ritmo, suele preceder al desenlace, fatalidad, hecatombe o cambio. Al menos, eso es lo que pasa en las novelas que leo. La trama quizá comience algo dispersa, pero poco a poco se va compactando hasta convertirse en un agujero negro que traga todo y lo hace desaparecer o que lo revienta para que nazca algo nuevo.

Mi abuela y yo pertenecemos a la onda expansiva de un estallido ajeno. Somos el efecto secundario de una historia extranjera. Arrasadas por algo que no controlamos, nos hemos desintegrado y no podemos aterrizar en nuestro propio camino, nudo y desenlace; permanecemos en órbita, siempre en el aire. Cárol también. Mi madre, en cambio, se ha aferrado con saña a su tierra resquebrajada y a las zarzas. Se ha colocado en uno de los extremos de su vida y se ha girado. A esperar. A notar la presión e identificar el punto en el que algo propio se desarrollará y se la llevará consigo, aunque la haga mil pedazos. A veces, puede que intuyas el nudo de la acción y te lances de lleno a hacer algo irremediable. Una dieta. Un nuevo trabajo. Un viaje revelador.

Cualquier idiotez que sólo la ficción convierte en interesante.

Veo a la Termita y palpo su trama terrosa. Se despedaza a su alrededor, es un anillo de asteroides. A veces, zarandeo a la vieja para saber si puede salir de su órbita, chocarse contra un pedrusco, y qué sé yo, coger un autobús a Benidorm o apuntarse a clases de canto.

Miro al bicho, fuera de toda historia novelesca, y no encuentro muchas alternativas.

Por su cumpleaños le regalé un libro sobre unas ancianas que descubren al culpable de un asesinato horrible desde una residencia en la que sólo jugaban al bingo. Eran sagaces con sus interpretaciones. Se reían, a salvo de la decrepitud que las rodeaba.

La Termita es la decrepitud. Es el propio crimen. Viejo, estancado. Sin

nadie que se interese lo suficiente en desentrañarlo.

Yo me aburro, tampoco es que me emocione mi propia historia: me encuentro como Gulliver. Rodeada de seres que me recorren, suben por mi cuerpo, me atan y llevan cautiva al trabajo, al médico, a una cita. Ellos deciden.

Pienso en mí como en el personaje principal de otra novela. Entiendo que el núcleo está cerca. Tántalo me lo chiva. El cíclope me incentiva. Pandora me tiende la mano. «Es el momento. Has hecho el mapa», dice. Hago un alto. Cuestiono la trama. Pregunto:

¿por qué lo mío no puede ser una historia de amor? ¿No dicen que es la gran fuerza que mueve el mundo?

Mis inquilinos ríen. Desfilan. Posan. Me muestran sus colmillos. Sus ojos de lagarto.

Sus fuertes músculos. Sus papeles de villanos. Yo lloro. Busco ese punto indómito de ingenuidad. Ese despertar cargado de esperanza que me recorrió cuando asomé la nariz al primer libro que leí: uno de fantasía, lleno de luz, de aventuras. Y, sobre todo, con una moraleja clara.

Me tiro al suelo. De rodillas. Saco el mapa, repaso los objetivos. Desquiciada, lo vuelvo a enrollar. A esconderlo debajo de la cama. ¿Seré capaz? ¿Dejaré de diferenciar realidad y fantasía? ¿Podré llevar a cabo una venganza? ¿Por pequeña que sea?

¿Estúpida? ¿Violenta? Tiemblo. Me tiendo en el colchón de mi habitación, miro el techo de gotelé, la lámpara dorada que cuelga. Limpia.

Mi abuela entra. No ha llamado a la puerta. Se sienta en el borde de la cama; me coge una mano. Sé que quiere preguntar qué me pasa. Sé que quiero contarle que ya no controlo. Que tengo miedo. Que es más que ansiedad. Que la quiero mucho. Que necesito un abrazo. Que me quiera. Que meta los dedos en mi melena y me acaricie.

Que me diga que no pasa nada. Que voy bien. Que lo conseguiré. Que cree en mí.

Busco la presión de su agarre, aunque sus manos están agarrotadas. Secas. Su voz, perdida. Su cuerpo, drenado. Su consuelo, robado.

Sé que nos quedaremos así, cada una en su lodazal. Sin decidir si

deslizarnos por la vorágine que ambas saboreamos. Que vemos. O sumergirnos de lleno en su hambre. El mapa monstruoso tiembla bajo la cama cual corazón delator. Mi abuela lo escucha, pero no dice nada.

XXVII Es violencia

«No, no quiero que me hagas ninguna oferta, y no, no deseo que me pases con ninguna otra compañera. Quiero que me escuches porque me estás maltratando, sí. A esto que hacéis por teléfono se le llama violencia. Y tenéis que parar. ¿Lo entiendes? Basta.»

Anoto el número de teléfono porque me he enamorado de esa voz. De esas ideas. De esa fuerza. He tenido que mirarme las manos, cerciorarme de que sigo en el cubículo, dar un trago de Coca-Cola. Es real. Alguien al otro lado de la línea ha roto el conjuro, ha dejado de ser un número y se ha materializado en mi mente como un igual: una persona.

Parpadea la luz naranja en la terminal. La del despacho: el jefe quiere verme otra vez.

Cuando entro, me espera apoyado en el escritorio.

–Hola –me saluda–. Hola, sí –continúa.

Me quedo en el umbral. No quiero pasar.

–Cierra la puerta al entrar, sí. Y siéntate.

Me indica la silla de madera que tiene enfrente. Él sigue apoyado en su mesa. Cerca, muy cerca.

No quiero sentarme.

–Quería hablar contigo porque el otro día no tuvimos ocasión. –Se separa del mueble y apoya la mano derecha en mi hombro derecho. Mueve los dedos en un amago de hacerme cosquillas. Me imagino una araña. Una de esas grandes, de patas peludas.–

He pensado que podríamos quedar para ir a cenar un día de estos. Los dos solos.

No quiero y lo digo:

–No.

En mi mente, es una palabra absoluta. Rotunda. Pero la realidad es que apenas sale un hilo de voz de mi boca, hilo que él atrapa entre sus dedos absurdamente pequeños,

recoge con ganas y atrae hacia sí. En algún momento me he levantado, lo tengo de frente.

–No seas tonta. Podemos ir donde quieras, ¡a un bufet libre!

No sé hasta qué punto soy fuerte.

–Quieres verme comer –le digo.

Se gira para colocarse detrás de mí. Veo su reflejo en la cristalera de la estantería.

Baja la mano a su entrepierna. Asiente. Lo tengo detrás, a escasos centímetros de mi nuca.

–¿Qué te gusta comer? –pregunta.

Noto un olor agrio, no sé si es su aliento o si lo que desprende su pene es tan potente que lo impregna todo. Quiero vomitar.

No sé hasta qué punto soy fuerte.

–Me gusta comer carne en salsa, que gotee. Que cada bocado que me lleve a la boca se deshaga entre mis labios y resbale la salsa, por aquí –digo mientras me señalo la barbilla, el cuello, el escote. No sé hasta qué punto soy fuerte.

«Para, joder. Puedes parar». Llega una alarma que amenaza con reventarme en las sienes. No es Pandora. Ni el cíclope. ¿Quién habla? ¿Puedo parar?

El jefe gime.

Cierro los ojos para no comprobar en el reflejo del cristal si lo que me empequeñece, avergüenza y culpabiliza es él masturbándose. El olor que emana, rancio, amarillo se me pega en la nuca.

Cojo la escasa fuerza que noto, la compacto, le digo: –Y jamás iré contigo a ningún restaurante. Y quiero que me escuches porque me estás maltratando, sí. Esto que haces es abuso y se llama violencia. Y deberías parar ya. Antes de que te denuncie.

Tiemblo, llego a la puerta, la cruzo. Mis habitantes me hablan a la vez,

requieren mi atención.

«Quémalo vivo.»

«Fóllatelo a ver qué pasa.»

«Acepta la cita. Luego, lo envenenas.»

«Vete». La nueva voz; su sonido me impulsa a recoger el macuto, apagar la pantalla, ponerme el abrigo y salir de la oficina. Espero un poco a ver si escucho algo más. Nada.

Los monstruos callan.

XXVIII Qué lo hace creíble Lo único que siento como real es aquello que como y saboreo; una corriente que noto a lo largo del cuerpo; una emoción reconocible. Da igual si pertenece al mundo onírico, a la aparición repentina de un orco en la sala, a los números rojos del banco recordándome mi sitio, a la tenacidad de Hermione o a la oscuridad del maldito Drizzt Do'Urden. La conmoción es idéntica, sea su origen ficticio o real. La provoca una llamada de un número oculto o la boca seca al despertarme hoy.

Por primera vez, siento la necesidad de adelantar la cita con el psicoterapeuta, llamar a B32 y contarle todo o buscar el abrazo de alambre de la Termita. Desde que he dejado el trabajo estoy más blanda. Sé que es el momento de hacer algo más. Si no, me desparramaré. Tengo un mal presentimiento. Mis habitantes han dejado de hablarme con voz reconocible. Pero los siento en las costillas. Debo pedir ayuda. Hablar.

Comunicarme.

En cambio, veo la tele, a sabiendas de que algo oscuro, húmedo y redondeado ha empezado a poseerme. Llámalo intuición, fantasía, insomnio. Pero no va bien.

XXIX Piel de fumar

Empecé un curso de teatro doce años atrás. Entonces no vivía con la Termita. Una especie de destino roñoso me había tentado con las clases. Eso y el nombre de la escuela. Era gracioso, y yo quería ocupar

todo mi tiempo. Había llegado hasta ahí por inercia. Me dejé arrastrar por una novela en la que la protagonista se alejaba de su hogar. De su herencia. Y desaparecía. Después, algo similar a un recuerdo de lo que había sido, pero con más lustre, con esperanza, emergía en la ciudad ficticia: la urbe aparecía entre niebla baja, árboles de hojas granates y olor a las tertulias literarias de los cafés de moda. Sus habitantes se movían en bici, llevaban gafas; los hombres, barbas pulcras y pobladas; las mujeres, boinas de color verde botella.

El caso es que me mudé a un barrio de la periferia de una ciudad cercana. El Ayuntamiento había utilizado varios locales para hacer centros cívicos, alguien había abierto una cafetería con un espacio para dar conciertos. Jubilados y parados llenaban los primeros. El frío y personas exiguas, el segundo. Se alquilaba una habitación en el *nuevo* barrio bohemio. El de moda: la calle estaba llena de bicicletas amarradas con cadenas gruesas a los postes de las farolas. A algunas les faltaba la rueda delantera y ninguna llevaba sillín.

El piso de cuatro habitaciones, un único baño y sin salón crujía; los inquilinos también lo hacíamos. Todos trabajábamos demasiado. Mucho. En más de un sitio.

Nuestra colección de jefes era extensa, aunque representaban a una misma persona: un hombre de mediana edad, mirada crítica e infinita ambición. Mi tarde libre era la del martes. Para las siete salía del tercer miniempleo; el curso de teatro comenzaba a y media. El día encajaba perfecto, para no dejar un resquicio a la reflexión. A la queja.

Durante el tiempo en el que fui capaz de recordar aquella novela y a su protagonista, mantuve el modo de vida. Después, algo que se había hecho hueco en mi cabeza se expandió. Llenó el hipotálamo, el tallo del cerebro, la médula espinal. Viscoso, negro y pegajoso, se hizo con el control de todo. No hubo un detonante claro, ni siquiera un robo o algún despido. Simplemente, la masa de sabor a carbón ganó tanto terreno que no pude pensar más.

Quizá todo comenzó en aquella primera sesión de teatro, pero por aquel entonces, lo único que me inquietó fue el profesor. Nos pidió que nos mirásemos bien, que pensásemos qué animal podría ser la persona que teníamos al lado y que lo dijésemos

en alto. Me vi, claramente, rodeada por una pantera, una morsa, un ratón de la pradera, una mantis religiosa y un suricato. Sólo la pantera tomó por buena mi apreciación. El resto, dolido, empezó a decir animales extraños para describirme, pero quien mejor lo hizo fue la

morsa.

Pasó del tema y dijo que yo era papel de fumar.

Fui a tres clases más antes de ser incapaz de hablar. Después, hui. Lo hice impulsada por la misma inercia con la que había llegado, pero ahora sabía a postillas. Picaba.

En la habitación del piso compartido tenía mis papeles aprisionados en un cajón. De color rojo. También era rojo el papel que encontró la Termita atrapado en mis dedos. La única pertenencia que traje conmigo. Un domingo. Llegué sin saber si quería visitarla. Si quería verla. Si me atrevería a mirarla. Si podría volver a abrir la boca y decir algo, lo que fuera.

Llovía. Ella dijo que no me esperaba. *No quería* esperarme. Luego, soltó un gruñido que sonó como una flema y se hizo a un lado. Entré en la casa. Me frio un par de huevos, cortó algo de chorizo, calentó un trozo de pan y me sentó a la mesa. Noté cómo la saliva producida por el olor a carne hidrataba mis labios secos. Los alimentaba. Tenía agua dentro de la boca que pugnaba por salir, por encontrar, de nuevo, un orificio.

Desagüé y comí.

La Termita asió mi muñeca izquierda con su zarpa. La giró. Y lo vio. No sé cómo pudo desenganchar el papel de entre mis dedos, ni cuánto tardó en extenderlo sobre el mantel, ni cómo fue capaz de recortar, una a una, con una exactitud imposible, las letras marcadas en rotulador negro sobre el fondo rojo:

«Fracaso».

Aliñó una ensalada de tomate y ajo con cada una de las letras y me la sirvió en un plato de porcelana. Unté la vinagreta y su embrujo hasta no dejar ningún rastro.

Ninguna huella. Borré el pasado a golpe de miga y corteza. Había vuelto a la ciudad de siempre, al barrio conocido de la zona este.

Después, sí, decidí instalarme con la Termita, me fijé en su piel y, al fin, entendí a qué se había referido el señor gordo, calvo y de gran bigote blanco en aquella clase de teatro. Su piel era la del bicho, pero también la del papel de fumar. Tejido con el que liarse un cigarrillo, quemarlo y aspirarlo poco a poco.

Si quieres coser un peluche, buscas dónde esconder las puntadas para que no parezca que la ballena, el gato o el oso en cuestión venga de la mesa de autopsias. La Termita tenía esos pespuntes de su piel en el inicio de las uñas y detrás de las orejas; en ese tramo, el tejido se le oscurecía como papel de fumar quemado.

Y a eso olía cuando entré en casa. Una vecina dijo que el olor a café la había alertado. Le he dado vueltas a esa frase y a otras similares que me han ido soltando junto al pésame.

La Termita estaba tirada en la cocina. Había un charco de pis rodeándola, de color rosa en el espacio que se juntaba con la sangre de la cabeza: una caída, un mal golpe, un mareo, cosas de la edad, de estar sola, de ser vieja, de estar enferma, de ser torpe.

Una lástima.

Me costó asimilar la escena. La Termita no podía morir, porque no había nacido. Ella simplemente es. Provenía del infierno, y todo el mundo sabe que los demonios ya están muertos. No sé si me arrodillé con dulzura, si me tiré encima de ella o me caí. Fueron mis gritos lo que escucharon los vecinos. Ningún aroma. Tan sólo el desgarro.

Cuando me la arrancaron de entre los brazos, me dijeron que no la apretase tanto. Su piel de insecto podría reventarse bajo la zapatilla de goma, del periódico, del tacto. Me dieron un montón de pastillas.

XXX

El miércoles

No hemos ido al kebab. B32 se ha sentado a mi lado en la capilla de la funeraria.

No habrá misa.

Me he peleado con la Jose, con la otra hija, con Jorge. Nadie ha sido más fuerte que yo. No habrá oración. No habrá incienso, ni credo.

No habrá misa.

Ha venido gente. Se me acercan y me cuentan cosas. Cárol parece una cacofonía del otro barrio. Se ha peinado y cambiado las ropas negras por otras grises. Llora.

–¡Los muy cabrones no le han pagado! ¿Tú te crees? Ha trabajado para nada.

Trabajar para nada.

–Ahora estará mejor. Ya no estará cansada.

Estar cansada.

–La notarás todos los días, porque se ha fabricado ahí arriba una bola de cristal por la que mirarte y cuidarte.

Cuidar.

–Te quería.

Querer.

–Tuvo suerte de que tú estuvieses, de tenerte.

Estar.

Tener.

Todas las frases me llegan en infinitivo, no hay un tiempo de acción, no existe una persona. Sólo queda el envoltorio. Me alejo de mí, soy un dibujo manga en un ensayo capitalista.

B32 advierte el sinsentido. Me estrecha entre sus brazos, me acerca a ella, me abraza.

–Tranquila, estoy aquí.

En algún momento he vuelto a dormir, a despertarme, a comer y la Jose me ha llamado para que me reúna con ella. Me espera junto a mi tía en una cafetería con terraza. Se miran, nerviosas. Parecen avergonzadas.

–Nos ha dejado la casa a nosotras –dice mi madre–. Bueno, es lo normal. Pero como ella y tú estabais tan unidas...

–Te puedes quedar unos días, no tenemos prisa –sigue mi tía–. Ah, y tenía unos ahorros, no es mucho, pero esos te los ha dejado a ti.

La Jose asiente y me desliza un papel. Veo reflejado mi rostro en las gafas de sol de mi madre. No me reconozco. Me asusto.

Arranco el cheque, lo doblo en tres trozos, lo guardo en el bolsillo de atrás del pantalón y echo a correr.

Cuando llego a casa, cojo, uno a uno, todos mis anhelos, todas las notas de la Termita, los blísteres vacíos, las cajas de los medicamentos, y hago una hoguera. Dudo si echar o no el cheque. Los ahorros de mi abuela me parecen una maldita broma, una mierda, una carga que quiero destruir, que quiero abatir, a los que quiero ganar y que no sé cómo vencer. Me meto en la cama e intento dormir.

XXXI Siempre hay un tren

Marta se ha sentado enfrente, mira de manera intermitente el paisaje de la ventana, mi cara y a la mujer que tenemos sentada en el compartimento de al lado. Estoy nerviosa.

No sé identificar con palabras qué es lo que me agita tanto. Así es mejor, pienso. Creo que, fuera del pellejo del lenguaje, la sensación me sacude, indómita, real. Y en cierta manera, creo que es por Esperanza. Mi abuela. Vamos de camino a Zamora.

Marta me ha dicho que ha pedido permiso en el trabajo, pero creo que también lo ha dejado. Me ha apagado el móvil y puesto esa cara tan extraña de: «Confía en mí». Y

confío en ella.

Se ha tomado muchísimas molestias. Averiguó cuál fue el convento al que llegó Esperanza con nueve años para limpiar, y convenció a la monja que lo lleva en la actualidad para que consultara el archivo. Sólo quería saber el nombre del pueblo del que huyó. Me imagino que le pagaría. Porque la monja se lo dijo y ahora estamos en el tren. Con una emocionadísima Marta enfrente de mí, que flirtea con la mujer interesante de pelo rizado negro, goza con la vista tras la ventana y se preocupa de mi estado de ánimo.

La cojo de la mano con fuerza.

–Gracias –le digo.

Ella asiente, se echa hacia atrás y vuelve el rostro hacia la ventana.

Si esto fuese una serie de ciencia ficción, tendría un *déjà vu* de tonos verdes informáticos con el parpadeo de B32. La mujer de al lado sacaría un AK-47 para desviarnos de la misión ultrasecreta del Kremlin. O el tren entraría en una loca carrera por mantener una velocidad imposible, traspasar una puerta a otro mundo, o lo que fuera necesario para salvar a los pasajeros de la desintegración más absoluta. Además, estaríamos huyendo de los explosivos caseros que podrían reventar en tres minutos, en la caja de ahorros, en el Zara y en el portal 37,8.º C de La Alameda.

En cambio, cierro los ojos. Al final, fui al banco. Llegué dando pasos grandes, amortiguados por la duda: ¿Qué hacer? Junto a la orden de cobrar ese cheque, Esperanza había dejado una carta a mi nombre. Me la dio la directora del banco. Creo que me tocó el dorso de la mano. Dos golpecitos cortos.

Me recuesto en el asiento y estrujo con fuerza la nota en mi mano: «Te quiero mucho»

Yo también. Muchísimo.

Cierro los ojos. Veo a mi abuela soltarme una sonrisa que mueve el mundo. Llena de dientes mellados.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a Miriam Martín por estar siempre dispuesta a

leer cada versión del texto y dar su opinión más sincera, a Regina Salcedo por ser mi *sensei* particular, repetirme hasta la saciedad aquello de «no expliques, muéstralo» y amenazarme con darme una colleja cada vez que dudo de mí misma, entro en pánico o vuelvo a mandarle algo sin repasar. Y, en especial, a Edurne Portela por su consejo y guía durante todo el proceso, además, de agradecer al equipo Galaxia Gutenberg por convertirme en nueva galáctica.